A Tres Costras

Por

Marcos Fortune F.

Para qué necesitas toda esa paciencia
si no estás soportando algo en serio.

I

Los hombres con mujeres de lana, mujeres almohada, hace tanto que no se masturban, o follan, o se crispan. Al menos no como la mayoría de la gente bien. A ellos les agrada pasar gran parte del día en sus camas abrazando féminas poliformes, rellenas de recuerdos y añoranzas. Cuando salen a la calle les es inevitable mirar con cierto recelo a las parejas de carne que se detienen en cada esquina y frente a cada banca para profesar públicamente todo aquello que les une. Las almohadas no pueden corresponder a los intereses de sus amantes taciturnos, tampoco jadear o repetir ese nombre que todos desean oír en algún momento de sus vidas. Podría decirse, hasta cierto punto, que se trata de seres insatisfechos y resentidos contra sí y contra el mundo, sin embargo, en la mayoría de los casos esto no es tal. Te parecerán gente amable, de llegar a estar presentes en tu vida. Te parecerán neutros, incluso tiernos, si te los encuentras en la calle como unos completos desconocidos. No olvides que puede ser un engaño. Una careta de masturbaciones incompletas y sábanas manchadas. Tan manchadas que podrían levantarse y largarse indignadas por el atropello al que son sometidas noche tras noche. Pocos de ellos son adolescentes. Pocos de ellos son ancianos. Conforman la población activa de esta gloriosa nación. Los que sustentan el sistema previsional sin siquiera ocuparlo. Pagan impuestos y se quejan de la actualidad mientras escuchan las radios del recuerdo en frecuencia modulada stereo. Hay algo en esta gente que merece cierto grado de compasión, quizás el hecho de que no manifiesten malas intenciones de forma explícita, o lo considerados y consecuentes que parecen ser en su círculo social más inmediato, por lo menos mientras este se encuentra en formación, sin una clara definición respecto a extensión y carácter.

Suelen tener sueños húmedos protagonizados por sus mejores amigas. Y es que la proyección de los apetitos reprimidos no se hace esperar. Escapan por donde primero encuentra y nuevamente tienes huelgas de sábanas y cubrecamas tras cada puerta, pancartas pegajosas y hambre de detergente para lavadoras automáticas porque el higiene es algo importante en la vida de cualquier imbécil promedio, un perturbado ejemplar, o de plano un funcionario público. Sabrías a que me refiero si te levantases con la urgencia de todo el siglo xxi en las entrañas para encontrar la puerta del baño trancada desde dentro y el agua corriendo a destajo como si los ríos del mundo nacieran de esas cañerías que lo podrían ser todo. El alivio, la paz, la plenitud y el principio del día más feliz de tu vida.

¿Conoces gente que viva en el letargo?. Si tu respuesta es si, hemos dado un paso adelante en el entendimiento universal que exige la aplicación de las distintas ramas del socialismo, que no parecen ser tantas ni tan vegetales. Además puede que estés en contacto directo con uno o más de los especimenes ya mencionados, puesto que otra de sus características es el haber abandonado la supervivencia instintiva y vertiginosa que rige prácticamente la totalidad de la vida natural. No quiero decir que esto los haga seres antinaturales o cosa por el estilo. Me refiero a que son como el aire dentro de un frasco. No desean que la tapa desaparezca, pero tampoco les importa demasiado que se encuentre allí. Sin duda están en mi vida. Sin duda están en la tuya, tu ignorancia no les hará desaparecer. Un día uno de ellos me dijo que sin previo aviso se encontraba desde esa mañana ante un abismo albo y líquido, que sentía vívidamente el drenaje biológico que en ocasiones era inevitable, así como el sabor vinagre en la garganta. Había intentado incorporarse de la forma menos etérea que le fuese posible para asumir que ese rostro en el espejo era el suyo, igual que esa lágrima, y que nada de eso era por un sentimiento andrógeno totalmente asumido, plenamente asumido, sino por una reacción biológica natural ante un exceso de

estímulos igualmente bioquímicos, materiales y maleables en extremo. Todo lo que acudía hasta él lo hacía en oleadas. En serio me pareció que habían sido demasiadas las mareas. Un sujeto erosionado, casi prehistórico.

II

¿Qué mierda hay que hacer?

¿qué quieren que haga?

Tenemos un montón de microempresarios organizados. Queremos conocer su situación-.

¿De qué situación me habla?.

Diseño de investigación, objetivos, marcos teórico-refero-conceptuales, operacionalización de variables, elaboración de instrumentos, recolección de datos, análisis de la información. ¿Sabes de lo que hablamos?.-

Por supuesto. Comenzaré hoy mismo.

Rubro, transporte. Organización, Sindicato de taxistas básicos de Quilpué.

Me acerqué al primer taxi que encontré en el paradero junto a la estación de trenes.

Buenas tardes, mi nombre es Marcos Fortune. Trabajo en la municipalidad de Quilpue. La municipalidad, en conjunto con la universidad de Valparaíso, se encuentra realizando una investigación respecto de las organizaciones microempresariales presentes en la comuna.-

Ya pues, explíqueme de que se trata esto.-

La municipalidad está entrando en una línea de trabajo que contempla el fomento productivo, en la que las organizaciones de microempresarios son consideradas como un actor fundamental debido a su carácter representativo al interior de la comuna. Sin embargo, el municipio no cuenta con información suficiente, por lo que pese a su interés, se corre el riesgo de que la realización de acciones de apoyo a la microempresa signifique una perdida de recursos y tiempo, debido principalmente a que no se considerarían las necesidades reales y prácticas de los microempresarios.-

Se nota que usted tiene labia. Se nota que se sabe manejar. Súbase.-

Subí.

Cierre la puerta.- La nave despegó suavemente. Un taxi básico azul totalmente equipado, tanto como puedas imaginar. Era definitivo, estábamos en movimiento, me hundí levemente en el respaldo. El piloto era un hombre viejo, había trabajado desde los dieciséis años. Hacía veinte que manejaba taxis básicos. Esta era su tercera nave.

-Preguntas del instrumento -.

-Respuestas a las preguntas del instrumento, además del breve testimonio biográfico (esposa, hijos que nunca tuvo, problemas mecánicos, políticos y gremiales), no me pareció un hombre feliz, o al menos satisfecho de la vida. Estaba cansado y se retiraría en cuanto pudiese.

Silenció.

Miraba desinteresadamente el camino. Liberó una de sus manos del volante, pasó frente a mi abdomen y se adhirió a la gaveta.doc. Abrió y la mano se perdió hasta la muñeca en la oscuridad. Apareció y me dejó caer sobre las piernas Mi Lucha. Mis ojos en las piernas y él mirando el camino. *Estoy seguro que mira el camino, necesito estarlo*. Levanté la vista para realizar un reconocimiento general en el retrovisor que coronaba el parabrisas frontal. Allí estaban sus ojos y su boca. Sonreía y yo no. Me encontraba rígido. Los dos volvimos al camino. Algo me decía sobre la importancia de que la juventud se culturice, especialmente respecto a las grandes causas que habían movido al mundo. Le

desagradaba la juventud sin ideales colectivos, ese individualismo soberano que devoraba a la humanidad.

El viaje no correspondió a un recorrido reconocible por los pasajeros habituales de la locomoción colectiva. Los taxis básicos no tienen recorrido, pueden vagar indiscriminadamente por toda la comuna y cagarse en medio mundo porque saben que la otra mitad les quiere cagar encima, por eso siempre deben estar en movimiento. El transporte público suele comunicarse mediante luces y bocinazos. Algo le decía a los colectivos que venían en dirección contraria.

La nave aterrizó y me sentí más cercano a la calle que a la tapicería casi orgánica. Abrí la puerta y bajé como cualquier cliente mientras agradecía su colaboración. El zumbido del motor me parecía lo más chabacano del viaje.

Dos cuadras después, me di cuenta de que el cuestionario había quedado sobre el asiento. Saqué uno en blanco y me acomodé en una banca de la plaza para llenarlo con detenimiento.

Hay ciertos conocimientos que en primera instancia parecieran ser de una inutilidad exasperante, pero a nadie le molesta tenerlos a su disposición. Por ejemplo. Yo sé de donde vienen los relojitos (semillas genéticamente diseñadas para hundirse en la tierra mediante un proceso de perforación que consiste en la alteración de la forma inicial correspondiente a un espiral. Dicho proceso se activa al entrar la semilla en contacto con la humedad), esos que el abuelo me enseñó a colocar en la palma para escupirlos y ver como daban la hora o tan sólo rellenaban el tiempo lento y constante. Vienen de las teatinas con las que cazábamos lagartijas, de los diminutos dardos que extraídos rápidamente servían para el chiste de *te saqué una foto y saliste chascón*. Estos dardos se abren al secarse. Se abren porque en su interior crece un taladro estilo pozo petrolero, dotado de un dardo aún más pequeño que dirige la caída. Abro la semilla para encontrar vida, pero solo encuentro una leche blanca y amarga, o una cáscara amarillenta que ya no guarda asunto alguno.

La mayoría de las cosas, así como las relaciones entre ellas, se han deteriorado bastante. Tanto que cuando voy a actuar siento un peso en mi espalda, una mochila con piedras. Y alguien dice –permiso-, deseo identificarle. Hay sudor sobre esta cabeza congelada. Como si me jalaran a hacerlo todo en pro de la trascendencia, todo bonito, todo brillante, siempre en la cresta de la ola y siempre pan con lácteos, verduras frescas e historias repetidas hasta la zalamería en estado puro. Le contesto mal y todo sigue adelante. Sigue porque quiere seguir hablando con alguien, eso y sentirse necesitada, consiguiendo dividendos mínimos de su necesidad y del shampoo de sus necesidades. Así es la dependencia económica, siempre hay alguien a quien responder de forma cortés, y de pronto parecen pocas todas las ventajas que al final no son todas. Ni siquiera son las que me apetecen realmente. Colchón, techo, guitarras, comida, todo, todo me sirve por un rato y ya estoy en otra maraña. Mirando como crecen, mirando por la ventana sin esperar demasiado, puesto que tampoco se hace demasiado por tenerlo todo cuando lo que me importa es tanto menos.

Así es como están las cosas. Aquí se regalan perritos mimosos, escueto pronóstico de crecimiento, tendrán rostros estúpidos, saltarán y chillarán todo el día. La comida está asegurada.

Entregados estos documentos podría disponer durante el resto del día de los tipos más agradables de la escuela. Allí estaban. Esto había que celebrarlo en lo de Pablo.

La sola emoción nos hacía sonreír. Los músculos que no consideraba imprescindibles se van contrayendo sincronizadamente en tanto Rodrigo se dedica a la manufactura con su maquina verde mil.

Vete un par de horas-, le sugirió Pablo a su hermano mientras cerraba la puerta de su pieza y se escuchaba el crujir en el umbral de la entrada.

Cerveza servida en tres bazos, el punto rojo abrazado en papel.

El cumpleañejo debe tener el honor-. Pablo en general.

Por favor-, Rodrigo a mí.

La primera bocanada amplia, los pulmones rebosantes de catarro desértico (nunca tuve tanta resina en la garganta). Soltarlo habría sido considerado como signo de debilidad y falta de respeto al culto, pues eso era, al menos en la cabeza de Pablo. Además era ridículo siquiera el pensamiento de dejar ir la oportunidad. En el equipo smashing pumkins emanaba un canto monocorde. En la pared los afiches, copias de cuadros medianamente reconocidos, delineaban una ruta carente de perspectivas y proporciones tradicionales.

Tras la primera ronda los rostros habían comenzado a calcografiarse. Las bocanadas eran más cortas. Cambio a pink floyd, tosidos de infantes encendiendo su primer tabaco. La opinión se vuelve unánime y potente entre risas que aumentan y se pierden en la progresiva inutilidad de los sentidos básicos con relación a las interpretaciones cognitivas del sujeto. Tensión en esos músculos, intentando confluir en el estómago que se contrae en si mismo.

Se me había vuelto entretenido el tensor de cuanto a voluntad se pudiese con algún esfuerzo, sin percibir resultados traducibles en movimiento. Sólo el casposo proceso de elongación en un cuerpo ajeno, una prisión impuesta por la biología de mis padres. La cerveza fría logra despejar en parte la confusión producto del diluvio de ideas. Un cuarto especialmente diseñado para este tipo de ocasiones.

Pude darme el lujo de observar en mayor detalle los cambios manifiestos en los rostros de mis interlocutores. Los párpados parecían cerrarse no por contracción o expansión, sino por su inusual grosor. Eran ancianas de carnes flojas rebosantes de lípidos.

Me parecían ya transcurridas un par de horas, pero los despojos de mi razón me contestaban una cuenta más realista. Los movimientos eran cortados, al parecer había disminuido la percepción de cuadros por segundo de doce a seis.

Tú eres un psicópata y él una víctima-, Rodrigo a Pablo.

Un actor y un maricón que estudia trabajo social-, Pablo, no supe a quien.

No la ragí-, Rodrigo a Pablo.

Ellos lo sabían, ni siquiera me eran familiares sus facciones, mucho menos sus actitudes. Se habían puesto de acuerdo. Genial oportunidad ante un necesitado ya satisfecho. La conversación de hace impuestos en la escuela, el monopolio en el diálogo. Tirado en la esquina sobre la cama, el más alejado de la puerta, el más vulnerable. Fuera un par de horas, tiempo suficiente. Primero no debían enterarse de que yo sabía. Luego, salir de allí cuanto antes. Demasiados pisos desde la ventana.

Donde estaba la cerveza. Un trago frío para despejar la cabeza. Quedó vacío el vaso de vuelta en el piso. Diluvio bíblico.

Déjame pasar, hay algo que debo hacer, alguien a quien debo ver-, en pie sin saber como. En la puerta corrediza de la pieza sentí la presión de la mano de Pablo sobre mi brazo.

Pero pa` dónde vai-.

Cercené su conciencia con una mirada y libré el brazo de un tirón. Camina hasta la puerta y abrí. El aire dentro del edificio es un tanto menos denso que en de casa. Al voltear aún me miraba desde el umbral de su habitación. Cerré por fuera.

Chao-. Pablo desde la ventana.

Chao-, mirando desde el jardín.

Al llegar a la calle, eran mis propios movimientos los que parecían haber perdido la fluidez Incluso la de un cuerpo lánguido como el mío en esas circunstancias. La micro que fuese, ninguna se detenía.

Ciento veinte-.

Sí-.

Desde esa altura no era difícil ver el mar por la ventana. El cerebro rebotando sin tregua al ritmo de los baches de la calle alternativa. El frío comenzaba su éxodo por la corteza desde la frente con destino a la promesa de una nuca fértil. Las meta-conciencias reanudaban su ataque.

Apunta y dispara, enfría mi sangre, apaga esta máquina que no termina de cremarme. Cerraré los ojos y taparé mis oídos. Llenaré el espacio entre mis manos con estática incolora. Caeré desde dentro y me quebraré en mil pedazos. Seguiré cayendo y fragmentándome hasta diluirme. No espero que me esperes, no espero que me encuentres. No me frustro con facilidad pero me frustro. En especial cuando me distorsiono en la pantalla, en los costados de la pantalla y por fin quedo en el bolsillo de tu blusa.

Nos asomamos por la ventana sosteniendo el arma más grande que encontramos en el depósito. Puedo ver en el suelo a ese sujeto bien afeitado cargando una serie de perdigones en una extraña pistola, pequeña como él. Me ve. Se levanta y queda frente a nosotros, ya no lo veo. Me concentro en imaginar mi blanco a través de la delgada pared que nos separa de la siguiente habitación. Alza un brazo y aparta la punta del cañón Se transfigura la línea recta compuesta de cabeza, ojo, cañón, pared y blanco, ahora es una curva disímil. Disparo y la primera pieza se inunda de humo más trueno. Mi cara. Vuelvo a cargar, no cambio mi posición, sigo expuesto y él me apunta. Voy a disparar. Algo sucede, siento presión contra mi cuerpo, tiran de mis manos y no puedo controlar la mira. El arma cambia de dirección y escucho, - Gustav, Gustav -. Veo su cara estilísticamente. Pequeño, débil e iluso, intenta desesperadamente arrebatarme lo que es mío, mi medio, mi derecho, mi fin. En el forcejeo logro voltear. Ahora de rodillas gruñe y llora tratando de apartar la boca oscura y metálica que amenaza besarlo. Realmente me tiene harto.

Las imágenes que el señor me ha mostrado son cada vez más explícitas, por tanto, no podría dejar de mostrárselas, Sr. Gustav.-

Quédate quieto y corre la mano de la oreja. Como si no hubiese suficiente trabajo-.

¡Ahhhh!!!-.

Ya empezó de nuevo la niñita, es para tanto y para más. Si vas a gritar hazlo bien para variar. Que lindo como hace berrinche la bebita. Por qué mejor no te sacas la cerilla. Un mínimo de consideración. Siempre esperando que hagan todo por ti. El trato era todo a medias. No cumpliste. Yo tampoco-.

¡Ahhh!!-

Deberían darte un trofeo. Sin duda el mejor azotador de cráneos sobre superficies concretas. Podrías haber puesto antes todo ese empeño, no estaríamos pasando por esto.

No te preocupes, el frío se te va a pasar de un momento a otro con o sin orejera.

¿Acaso estoy gritando demasiado fuerte?. ¡¡¿ASÍ ESTÁ MEJOOORRR?!!-.

¡Ahh!-

Dame el champú, ¡dámelo!. Sigue llorando, ¿qué más vas a hacer?. Ya no conmueves ni al pope maricón lunático que predica en la plaza. Si, el mismo al que le preguntaste de cual fumaba. Seguro quieres decirme que hubieses preferido el celibato o andar empeñando el ojete en el seminario. Ya te veo en la esquina, o mejor, en la misma plaza predicando y practicando el amor efectivamente libre como método de acercamiento al espíritu original. ¿Quieres a dios?, dios te cagó. O tal vez…-.

Ahh…-

De nuevo con esa maldita costumbre tuya de interrumpirme. Masoquista cagón. Me tuvo que tocar el señorito. No sé si te lo he mencionado ya pero tengo una cita de suma importancia esta misma noche. Y como te darás cuenta, no tengo tiempo ni requerimientos de un chaperón, así que te me aflojas o te lo aflojo. El algodón lo tapa casi todo-.

Ah…-

Ahora te vino el arrepentimiento. Pero si sólo ayer lo único que querías era darnos de balazos. Ya te lo dije, de aquí en adelante sigo solo y se terminó la plaga. ¿Crees que quiero cuidar bebitos llorones y peludos?-.

…-

No me mires como un traidor. Veme como un prodigio entre tu prole. Hígado no hubiese tomado la decisión ni aunque le abriesen a tajos. Por otra parte, qué te preocupa, mañana vendrá a visitarte alguien que te recuerde más que a mí. Te llorarán y te enterrarán como siempre deseaste. A más tardar una semana. Después tus bacterias en fuga se volverán tarjeta de presentación y propaganda oficial. ¿Quién sabe?, podría hasta llegar el pope maricón lunático. Si me disculpas, tengo un compromiso ineludible y me esperan más temprano que tarde. Tú ya sabes.

Ayudado por un parámetro impreciso de sinapsis simultaneas, el pie del caracol, va dejando la antigua morada sin percatarme de si existe ese llamativo rastro amniótico que queda al paso de un apéndice.

III

Caminando me encontró en mitad de nada. Me llamó y seguí caminando. Volvió a llamarme, volteé. Un tipo bajo de unos cincuenta y algo años apoyado en una luma de metro sobándose la rodilla y difundiendo borracho testimonio contra no sé quien.

Oye, me trataron de colgar, ayúdame a llegar hasta la esquina-.

Llevaba un carro metálico medio oxidado con un saco de papas a medio llenar con cualquier cosa.

Cachaste el mote, como me echaron pa' abajo?-.

No, no cahé' que onda-.

Ayúdame a llegar a la esquina, igual te voy a pasar una monea'-.

¿Qué esquina?-.

A esa esquina, a los caballos, tengo un dato fijo-.

Me pidió que le esperara un momento y que cuidara su carro. Entró por un pasaje y regó generosamente la pared del Teletraffic Pizza. Aún gesticulaba mientras cruzábamos la calle a mitad de cuadra haciéndole señales a un camión cisterna.

Al otro lado me indicó un pasaje desteñido, iríamos a guardar el carro antes de ir a jugar.

Ya oye, pasamos a dejar el carro, nos tomamos algo y la jugamos, tú no sabí con quien estai' hablando-, balbuceó con autoridad.

Entramos y me invitó lo que quisiera.

Contamos ahora a dúo la historia de que lo habían tratado de colgar. Yo también iba en la micro, ahora éramos dos contra siete. Nuestro público no era más que la pareja administradora del bar y el hombre gordo y viejo del sombrero. Jinete enseña la luma agitándola en el aire haciendo retroceder a los presentes. Seguía hablando sin mirar a ninguno en particular. Movía la cabeza al compás de la luma. Me daba igual si me incluía o no en su viaje.

Íbamos saliendo al TeleTrac más cercano cuando nos paró en la salida del pasaje un conocido de jinete, un tipo como cualquiera. Le pidió que le invitara una caña. Le contó la historia de su micro mientras volvíamos al bar. El tipo se tomó un blanco mientras saludaba a la pareja tras la barra y estrechaba la mano del homo-sombrero. Entro otro gordo, jinete contó su historia, etc.

El hombre de fuera tenía un programa de las carreras del día, el de la luma le pidió los lentes al viejo de la barra. Porfió un rato ante la insistencia del homo-sombrero de que se sentara y cuidara los lentes.

Revisamos un rato la carrera 16. Me preguntaba constantemente que decía en tal y tal parte.

¿Y allí?, lo que pasa es que no puedo leer bien de tantas caídas del caballo-.

Entró otro jinete con guitarra y señora. La señora chica y embarazada pasó al baño tras pagar en la barra el derecho a cagar con dignidad social. Su esposo se sentó en la barra. La poca luz del local era redistribuida por los patricios pegados sobre la guitarra Seguramente su señora los pegaba.

Entran y dejan todo cagao', así que les tengo que cobrar-, me comenta la dueña.

Se iban yendo mientras jinete leía el programa rodeado por mí, conocido y homo-sombrero. Estaba enojado porque su camarada no quiso cantar para él.

Yo me he portado bien con él, almuerzo y todo, y no cantó ni una-, nos decía sollozando.

En la entrada otra mujer chica saluda a jinete 2 y señora. Entera de negro, falda corta, botas altas, medias, corsé y transparencia. Se ve vieja y fatigada como toda la gente chica del lugar.

Otra vez casado, ¿cómo has estado?-, mujer chica de negro a jinete 2.

Bien, ¿y tú?-, jinete 2 a mujer chica de negro.

Yo, de lo mejor-, mujer chica de negro.

Mujer chica de negro entra y nos ofrece privilegios.

No, gracias-, responde jinete.

Ahora salíamos en serio y decididos, cuando nos retuvo conocido mencionando que la carrera ya iba a comenzar y que no llegaríamos. Jinete quería jugar al 7, el otro a Mi Abuelita.

Partieron. Los comentarios televisivos se mezclaban con las patas de los caballos en una carrera que los cronistas corrían con la lengua. Mi Abuelita tercero, el 7 cuarto. Ganó Cash Money.

Jinete se me acercó con lágrimas en los ojos y me dijo, -perdí esta pero gané la otra, no soy hueón.

Conocido, -viste jinete, igual te gané.

Ahora conocido, gordo y homo-sombrero consolaban al perdedor que gimoteaba diciendo entre dientes que el todavía podría ganar si tuviera un caballo para correr. Que todavía tenía fuerza en los brazos, que todavía tenía corazón para subirse a un caballo y correr. Correr caballos o jugar fútbol...

Había comenzado a llegar más gente al bar mientras el grupo de se disipaba en torno a las mesas pobladas por deportistas de las más diversas estaturas. Jinete me tomo del brazo, cuando volteé le vi junto a conocido caminando al baño. Los seguí.

Entramos al baño y cerramos la puerta. Cabíamos nosotros y dos más. Jinete saco un coñac y conocido un baso.

La charla la comenzó conocido.

Estaba con mi señora, estaba recién pagada. Le pedí diez lukas. Los cabros estaban sentados en la esquina y tenían bolsas de cinco. A mí me pagaban el diez, cómo no le iba a devolver las diez lukas. Me dijo que no, que iba a llegar dopado y le iba a dar toda la noche, que quería descansar. Fuimos al supermercado a comprar un añejo, vermú, cacao y menta, me dijo que me iba a preparar una vaina. Le dije que se metiera la vaina por el hoyo. Nos fuimos al paradero y se subió a una Belloto Norte con el bolso. A mí me quedaba un pito de paragua verde, pero igual era café, y medio mote del Alejandro. Los motes del Alejandro igual están vacan, esos del potrero de allá arriba. Todo eso lo tenía en la billetera. Cuando la micro iba como a diez metros me acorde que la billetera viajaba en el bolso. Pero no me voy a ir a la casa todavía. Tiene que cachar que no me tiene dominado. Cuando una mujer cacha que te tiene ahí (se miraba la mano abierta llena de cicatrices rectas rodeadas de puntadas quirúrgicas) tení' que levantarte y prepararle la comida en vez de que ella te la prepare a ti. ¿Cachai?-. Sonreía como esperando tener siempre la razón. En cierto sentido la tenía. Lo que sucedía era que todo se alejaba, no solo la billetera, su mujer y la micro, y los demás pasajeros, y la hora, mi almuerzo, la sicodelia y la gente en sus nidos. El asunto es que no sabes hacia donde se alejan, y las tratas de buscar por un tiempo o todo tu tiempo o todo el tiempo. Al menos hasta que te aburres y encuentras algo mejor que hacer.

Si, si cacho-, le conteste.

Cachai lo que quiero hacer, cachai lo que quiero hacer, cachai. Yo quiero correr mis caballos, yo sé que ganaría. Demás que ganaría-, jinete.

Puta, todos queremos hacer algo, sabí' que no soy jinete pero cacho tu volá'-, conocido.

Se apaga la luz.

Deben pensar que somos maricones o que tenemos cachá de mote y cachá de pito-, conocido a nosotros.

Vuelve la luz.

Entró a mear un tipo altoflacoviejo. Pidió permiso riendo hipócritamente ante el hecho de encontrar a tres dentro del baño. Salió riendo y diciendo que jinete le había tirado mano y que todavía le estaba tirando.

Se apaga la luz. Jinete sobre el meadero cantado.

Vuelve la luz.

Oigan, salgan del baño-, se oye desde fuera.

¿Por qué sería?-, canturreando conocido.

Los clientes necesitan el baño-, contestan.

Salimos tranquilamente. Nos paramos frente a una foto del Gato Alquinta, "Adiós Gato". Caminamos al Teletrac. Jinete delante, nosotros detrás.

Conocido se retrasó. Yo seguí a jinete y su coñac hasta el paradero.

Se sienta en la vitrina Atlas y me dice, -camina tranquilo, estoy pato.

Le pido el último taco de coñac y me pierdo con la botella entre la gente que cruza la calle.

Llegué al paradero sin mirar. La micro me esperaba.

Volví a casa preguntándome qué tenía el saco del carro.

De nuevo me sujetaban en mitad de la noche, sabía que nadie había entrado en la pieza, sólo yo. La cama crujía como tantas veces. En un principio pensé que podía estar temblando.

Esta vez estaba acostado boca arriba y con mi cabeza lo suficientemente inclinada como para que bastase abrir los ojos y ver quien estaba sobre mí. La costumbre de dormir de lado me había negado esta oportunidad. Me había resignado a esta fuerza que me mantenía en una posición pese al miedo y la ansiedad.

Dejé pasar unos segundos, solo escuché. Todos estaban durmiendo. No se me pasó por la cabeza la idea de que fuesen ellos quienes me sujetaban. Esto había comenzado a ocurrir mucho antes de lo que recordaban. Mis vecinos conversaban sobre el temblor, eso me tranquilizó. Todo cambió cuando recordé la cena del sindicato en Talcahuano. El viejo llegaría tarde el Domingo y ella hacía ya un mes que no estaba viviendo con nosotros. Hasta entonces estuve relativamente seguro de que eran ellos quienes hablaban. Aún permanecí unos segundos sin mirar mientras la presión sobre el cuerpo aumentaba. Abrí los párpados simulando la contracción incompleta con la que duerme la mayoría de los miembros de mi familia. A la orilla de la cama, flotando en el aire, un lápiz garabateaba sobre las páginas de un cuaderno negro. Me incorporé lo más rápido que pude colocándome en ángulo recto. Todo cayó al piso pero en el piso ya no había nada.

IV

Ya no sólo olvido lo ocurrido hace un par de segundos. Duermo más horas de día que de noche. Las proyecciones imaginarias del entorno físico desconocido se vuelcan en fusas y difusas mientras los tonos pasan del naranjo al púrpura. Si alguien llegara a preguntar respondería que esto es nada, otra vez nada. Los sonidos se diluyen como el recuerdo de los detalles que no interesa demasiado conocer, como por qué la caca gira en una dirección y una puerta se abre en otra.

Hasta hace poco la cotidianidad me parecía cada vez más aburrida, pese a que ocasionalmente me inyectara ánimos para emprender un nuevo proyecto, o uno pasado frustrado preferentemente por mi mismo. Y es que estuve dejando que todo se alejara sin mediar compromiso alguno, no es que ahora lo haya, es sólo que la cotidianidad ya no es la misma. Hoy no es el esfuerzo lo que me mantiene en pie, es más bien una cuestión de despertar y hacer el día a medida que transcurre con firmeza en las decisiones sin que exista neurosis asociada a las consecuencias.

Una vez deteriorada a tal punto la memoria a corto plazo puede asumirse en propiedad el día a día.

Este es un lugar donde al sexo se le dice cacha, y los inválidos se mueven perezosos y parafernálicos por las veredas y los cruces peatonales sin mirar directamente a los aparentemente sanos, nunca los he visto hablar en público, entre ellos o con cualquiera. Parecen ignorarse a propósito aunque tengan todo en común. Son tantos y nunca ves a dos al mismo tiempo.

El titular del semanario local dice “Descubres cuerpos de perros descuartizados”. En la página tres se detalla que los hallazgos son realizados en gran parte de los depósitos de vidrio para reciclage. Se destaca el valioso aporte de la campaña ecológica emprendida por el alcalde en estrecha colaboración con la empresa concesionaria de dichos depósitos verdes, baldes de playa gigantes, listos y dispuestos para la construcción de castillos colosales y filosos.

Las semanas que pasaron fueron varias y aburridas, salvo algunos compromisos académicos que se transformaron en excusas baratas. Camino desde la casa de Camilo, cruzo la calle, subo la loma, las veo (las dos) ricas y rojas, volutas, emiten oleada tras oleada a cada escalón. Piso el andén, 2, 1, tren azul, me detengo. Cambio a negativo y la gente me mira como si pasara algo, como con asco.

Abordo el bus azul, tanto azul, todos traen algo azul (el azul es el color de lo trascendente, de lo que no ofende), todos lo usan, unos más que otros pero todos mucho. La gente baja, la gente sube y todos azul, yo también.

Veo la base y los imagino marchando de noche uno tras otro sin importarles la nuca de sus compañeros.

Me encuentro perturbado, me parece que paranoico. La micro va demasiado rápido y aún es de día. Veo con claridad los rostros en la calle desfigurados por la velocidad. Me esperan a las doce. A quién se le ocurre que las doce es una buena hora. Pasamos Canal Chacao. La micro se lanza en picada sin definir la pista. La carrocería cruje y se retuerce, los hombres moluscos se adhieren a sus asientos y a sus vidas. Nadie se mira. Comienza el

piteo multitónico, el chofer contesta. –Si mijita-, Juanes canta enamorado mientras entramos en la última curva. La caída sería exageradamente verde. Rápida, vertiginosa y verde.

Llevo años bajándome en la Av. Francia, no recuerdo que me hubiera desagradado alguna vez tanto como hoy el bramar de los motores, los gritos de bocinas y alarmas. Decenas de vehículos de todo tipo, autos, micros, camiones, verdes, rojos, negros, chicos, grandes, llenos y vacíos. Me saturo de ruidos. Ante mis ojos todo se vuelve una fotografía en movimiento, se pierde profundidad, regreso al plano más básico. De vuelta a la segunda dimensión. Los conductores se han transformado, la ira inunda sus rostros, venas hinchadas y cuellos duros. Todas las pistas se vuelven una. Los vehículomisiles de cabeza diesel son dirigidos manualmente e impulsados por el pánico de sus demás ocupantes. No dudan, se estrellan, explotan, se arrugan como papel. Sé que la gente grita, no puedo oírlos con nitidez pero sé que gritan.

El espectáculo recupera la profundidad original, el plano se extiende. Ahora me atrevo a cruzar. Camino sobre la cebra de concreto y asfalto. Alrededor, serpentinas multicolor siguen ardiendo sobre el piso. Desde el aire llueven cenizas y fragmentos de fuego en estado puro. Puedo distinguir a la perfección los gritos de la gente de los demás sonidos. Me apuran a bocinazos, la calle es suya.

La nariz ya se le ha puesto roja de tanto rascarse. Es evidente que le duele, aún así seguirá. Antes que la picazón y el dolor prefiere solo el dolor. Ha logrado sacarse un pelo de la nariz. Negro, grueso, firme y corto. Largo solo si se le relaciona con la profundidad de la piel. Gran parte del pelo estaba bajo la dermis, por fuera solo se ve un ínfimo punto negro.

Estoy llena de puntos negros, estoy llena de costras rojas, hijas de los puntos negros y las uñas traslúcidas-, concluye tras la explicación anterior hablando a nadie pero en voz alta

Ahora que el pelo ha escapado puedo fijar mi atención en otro asunto. Cualquier asunto.

No se ofenda joven pero, el cierre de su pantalón está abierto desde hace unos veinte minutos-, dice Paulina, la anciana querendona de la clase.

Puedes hacer con él lo que quieras-, contesto mientras me rasco la nariz.

El gordo continuaba hablando de bienestar y necesidades. No paraba de moverse en paralelo respecto a la primera fila. De haber llegado temprano podría estar sentado en mi rincón favorito. Cada vez que se paraba frente a mí, percibía la pestilencia de todos esos flatos que insistía en ocultar mediante la contracción de los labios y el movimiento ocasional y alternado de las muñecas. El resto de la primera fila no dejaba de prestarle atención al contenido de su perorata. Estaban todos conmovidos. El grueso de la sala completaba sus frases como si no hubiese otra cosa que hacer. Alcanzo a oír algo sobre las personalidades reactivas y proactivas. Solo, veo letárgicas. Comienza la política y el contacto visual. Recordé a esos monjes tibetanos que podían poner la mente en blanco. Parecer despiertos y percibir sin meditar respecto a lo que sucedía en su entorno. No lo consigo. Me levanto y salgo de la sala. A través de mi cabeza corre una autopista nocturna, si necesitara las luces no presionaría el acelerador. No creo poder sentirme más demacrado. En adelante debiera mejorar.

Al salir de la escuela Rodrigo viene llegando. Me comenta que lo han desechado de su casa. El incidente fue bastante sencillo, pero había empezado a gestarse la tarde anterior gracias al hallazgo de los medicamentos para el estrés extremo que padecía su madre. Entre ellos una llamativa cápsula amarilla y verde con lunares blancos. Una de esas lo había dejado tan enajenado que no pudo darse cuenta de que su viejo le hablaba. Horas más tarde subió al comedor donde mamá y papá discutían problemas financieros al parecer considerables, con una cantidad igualmente considerable de facturas y cuentas. -Rodrigo debería comenzar a trabajar-. Ante lo cual tomó la decisión de aliviar de esta carga a sus padres mediante la quema inmediata de todos esos documentos cargados de eslóganes y diminutas cifras. En el papel aquellos dígitos suelen parecer más pequeñas que en el presupuesto familiar. Los progenitores en cuestión eran personas ciertamente retrógradas, incapacitadas para entender la parte emocional de la acción de su hijo, la buena voluntad fue interpretada como el peor acto de deslealtad. Lo siguiente que supo era que estaba fuera con la mochila cargada. Por el momento se encontraba alojando de manera itinerante en lo de diferentes amigos. Nos fuimos a tomar unas cervezas y echarnos las pastillas que le quedaban.

Entramos a La Facultad, lo más cerca y barato. Una cerveza y una tira de diminutivos blancos con partidura al medio. Un cogollo. Todo bien y algo sobre los niveles de evasión generalizada; el de voluntad y el de desinterés o inconsciencia. También sobre su situación actual. No sé que tenía que ver lo uno con lo otro.

Otra cerveza y la cápsula polícroma de la que había oído hablar. Llega Hugo y nos saluda. Se sienta. Ambos insisten en escribir algo en mi cuaderno. Todos escribimos:

Inti i moluscos, pausa inervientre-momento distractorio, es sólo parte de la imaginación del autor de este texto el poder brindar un espacio en este campo de neuronas pateadas. Esto es para mañana, la imagen d este recuerdo que aún habita cerca de nuestra demolición hepática, chao, me despido porque quieren usar el baño. Humo y letras y los jaivas agresivos, el funkisoul me parece demasiado blanco tomyons, me detengo. Hola, permiso para el dueño del baño, se está desasiendo de la cola. La está fumando mientras aquí queda un poco de vida. Salvarnos el pellejo esta vez, la próxima, la destrucción será completa!!!. La caricatura cobra movimiento blanco sobre el fondo sepia donde el pasado me atormenta desde mucho, y recuerdo que siempre me sujetaron el cuello y jalaron y empujaron y empujé y jalé desde sus ojos color memoria de mi abuela sin que nada pasara por ella, y no puedo saber lo que fue no saberme allí, en ese instante no sentí lo que ahora es no haber estado, acaso estas allí y me observas desde esa cara de torombolo con acento de alfalfa, alfalfa...

El tipo sardónico, el tipo de videojuego y el programador de videojuegos, parecen ser gente que busca el antagonismo. Ninguno de ellos busca ser antagonista en sí.

Al salir del bar aún me mantuve un momento sobre la sombra de los edificios. Extrañamente los colores se habían invertido, todo estaba lleno de un rosado-frutal, azul, plomo y blanco. La luz creció y lo inundó todo o casi todo. Estaba en una película del desierto en cuyas escenas más dramáticas todas las tonalidades parecen ser vencidas por un brillo omnipresente. Un día más día que cualquiera. Miraba sus formas blancas en extremo, aún podía distinguir las sombras producidas por sus rasgos más elementales. En la calle los autos se habían vuelto diamantes que vomitaban luz sin descomponerla por cada una de sus caras. Puta vieja con cara de borracha, no lo parece, sólo está borracha. Adora sentir

presión entre sus nalgas, por eso se apoya en postes tubulares. No le agrada que acaricien su rostro. Aún no sabe que le acarician el rostro. Aún no sabe que brilla el sol. Se mantiene de pie gracias a la fuerza de la costumbre.

Encuentro un afiche en la esquina. Tengo que ir a tocar el jueves. Alguien debe saber al respecto. Sigo adelante sin compañía. Las voces subhumanas cobran tonos televisivos. Inevitablemente se transfiguran, se vuelven insípidas y poco motivadoras. Podrían decir cualquier cosa. Son como el ring del teléfono intentando hasta la desesperación emular melodías clásicas y populacheras. Con su máximo esfuerzo y al punto del estreñimiento, logran una ridiculización de sus intenciones.

Sé que caminan sobre mi piel, pero cuando miro ya se han ido, no siento nada, ni pasos, ni picazón ni nada. Trato de convencerme de que mis terminales nerviosas me han jugado otra charada. Son fanáticas de las charadas. No puedo olvidar el haberme arrancado esas garrapatas con la pinza caliente.

A fin de cuentas la gente sufre en privado, no me refiero a que no existan expresiones para el dolor o el malestar, desde las más básicas a las más grotescas. Me refiero a que sé que hay gente que sufre quizás más que yo, seguro más que yo por todo lo sucedido, pero todos sufren solos. Esta es la época en la que nadie puede esperar sufrir acompañado.

Cuando más duele es cuando no encuentro donde aferrarme y me acribillo sin que nadie se percate. Me envían de vuelta a mi mesa porque ellos sufren pero están aferrados y no desean peso muerto. No hay nada que hacer porque nadie quiere hacer nada salvo ahogar el aburrimiento en burbujas, en especial si sigo rodeado de riffs y gritos que me son ajenos junto a toda esta gente me es ajena. Puede ser que nadie desee hacer el esfuerzo de entenderse siquiera ellos mismos, y es que son personas sin curiosidad. Todo terminará de una vez, las preocupaciones, las deudas, las calles, los rostros, los barcos de guerra y los tanques que viajan en primera clase mientras el mundo se pudre en la carne viva de las llagas de innumerables generaciones que tuvieron hambre y sed hasta que decidieron que todo podría terminar. A ellos no les importaba, no les llenaba la barriga o la cabeza, sólo alcanzaba para llenar los pulmones y de ahí a la vena y de ahí hasta la punta del último pelo del culo. Todo se acaba ahora, antes de que vea mi mano revelarse contra la botella y me sienta descartado. Hoy voy a dormir despejado, con la seguridad de que mañana todo seguirá igual o al menos bastante parecido, demasiado parecido, todo sospechoso, como premeditado, salvo por el hecho de saberme ya descartado, pues no debí haber dormido ya que esta es la época en la que nadie te avisa o te tiene en consideración sincera. Lo que necesito es volver a ser un niño pequeño, incluso un bebe. Nada que perder y una percepción alterada de la realidad producto de la ignorancia. Mi primer cumpleaños no fue el primero, sino el segundo. Fue celebrado en la sede de la junta de vecinos de la población donde vivían mis abuelos, todos ellos. Esto lo vine a saber años más tarde. Lo que recuerdo por mis propios medios es el techo de madera del local, ahora asumo que estaba boca arriba. También estaban todas esas caras que hoy no podría reconocer aunque siguiesen exactas. Había dos globos, uno amarillo con forma de zeppelín y otro azul con blanco como un avión. A los cinco años volví a encontrarme con esos globos, esta vez en la calle, dentro de un centro de revelado. Entonces me sentía ligero y todo giraba en torno a mí. Nada importaba demasiado, sólo lo suficiente.

Desperté pensando en Fani. Miré por la ventana y no reconocí nada. Las casas, la tierra en la calle, la calle de tierra, las extrañas luces azuladas que pendían de los postes del alumbrado público. No era primera vez que me sucedía.

Hasta aquí no más llegamos-, dijo el conductor. Me lo dijo a mí, no quedaba nadie más abordo. Me sentí con toda propiedad un cualquiera. Bajé. Vi los muros y todas las micros verdes. Era el terminal, dónde más podría llevarme esa micro sino allí. Volví a la escalera metálica y le pregunté al sujeto como llegar al troncal. Le expliqué que necesitaba llegar a Peña Blanca. -Estamos en Gumersindo-, me contesto. Se detuvo. Continuó, -baja derecho por esta calle y vas a llegar a Puente Negro, ¿conocí' Puente Negro?-.

Si-, le agradecí, volví a tierra y comencé a caminar.

Seguí, sin duda, la actitud digna de quien desea llegar a algún sitio pero no sabe los detalles o los motivos, o algo de peso como para dar otro paso. Después de una cuadra cambié la ruta más sencilla por una cuesta de tierra cuyo final no alcancé a definir visualmente. Así comencé el descenso. En un momento me encontré en medio de la oscuridad, borracho y flatulento. Las luces azulinas de hace un momento me parecían ahora estrellas, por cierto, más vivas que de costumbre. Paré y guardé silencio. Gritos y ladridos por todas partes, no sólo desde arriba. Todo parecía viajar en caída libre hasta mí. Cuatro posibles rutas de escape. Cuatro posibles formas de terminar el día. Me supuse en el fondo de cualquier parte por lo que decidí subir. Paso a paso se hacía más evidente que mi regreso a la luz sería un éxito. Por fin logré llegar nuevamente a la garita. Vi luz al interior de una casa blanca de madera. No era una casa, sino un templo pentecostal. Música, canto y sacrificios humanos. Imaginé que no habría peligro en ese lugar. Crucé la calle y vencí uno a uno los escalones. Cuando llegué a la entrada intenté entablar diálogo con el hombre de azul más cercano. Un clásico gordo azulado.

Disculpe, podría decirme como llegar al... -. No pude terminar la oración cuando empezó a saludarme efusivamente, asignándome explícitamente la condición de *hermano*, como si hubiesen pasado años desde la última vez que nos vimos. Estiró sus brazos y sentí caer sus manazas sobre mis hombros, más que un abrazo, me pareció uno de esos golpes de karate estilo espía de cine setentero; golpes diseñados para obsequiar el sopor de la inconsciencia al elenco de bajo perfil destinado, en su mayoría, a ocupar el lugar de guardia uniformado ruso o islámico o centroamericano o cualquier cosa que no fuese un traje negro de dos piezas inapelablemente liso y pulcro. Esto no es el cine, no caí ni vi oscurecerse la escena de arriba a abajo o desde los extremos hasta devorar el centro. Fui jalado hacia el interior de templo. También era blanco por dentro. No puse resistencia, sólo porque aún estaba borracho. Estaba inmóvil, más bien en movimiento. La masa me obligaba a seguir avanzando como una espiga en la garganta. Así debe sentirse lo que trago, prisionero al interior del esófago rumbo al fondo de quien sabe que. Yo sabía y me daba lo mismo. La música y el canto, que realmente eran gritos y gemidos, invadían hasta el espacio entre las ideas, si es que ese sitio existe. Estos rituales de adoración pueden convertirse fácilmente en cacofonías confusas y envolventes. Gordo azulado me sonrió mostrando los dientes de menos y regresó a su puesto en la puerta dejándome solo en medio del gentío.

Especimenes de todas las condiciones posibles me rodeaban. Principalmente abuelas y nietos. Todos cantaban y bailaban o gritaban y saltaban con ánimo y vigor relativamente asociable a una caja de resortes cargados con meth y al borde de la intoxicación. Parecían no verme. Me di cuenta de que los gritos que había escuchado en la oscuridad no

correspondían a las escenas de explícita violencia gráfica que atravesaron mi cabeza desde y hacia todas direcciones. Eran sus alabanzas. Sin duda me encontraba en medio de una turba de fanáticos religiosos del tipo fundamentalista, todos sumidos en el trance de la adoración y devoción incondicionales. De seguro serían capaces de cualquier cosa con tal de agradar al objeto de la ceremonia. Bastaría con que uno dijera mátalo para que todos le siguieran. Yo le seguiría o me seguirían a mí y no quedarían sino jirones bajo las ruedas de una micro verde. Levanto los brazos y comienzo a brincar sin cambiar de posición, no, ubicación, repito monosílabos extendiendo las vocales hasta producirme intensos deseos de regurgitar como la más cariñosa de las madres. Llenar sus intestinos con la cerveza de todo el día y todos mis días pues eran gente devota y afable que se merecían sin duda lo mejor de mí. Pero estaba cansado y me costaba una infinidad seguir su ritmo, incluso mi propio ritmo parecía una tarea titánica. Soy una idea, no puedo ser otra cosa ya que, si te percatas, no me estás tocando, no me estas viendo, y a duras penas puedes imaginarme, o en el mejor de los casos recordarme con cariño. Así que soy una idea, de esas mediocres con las que te cruzas todos los días y no te das cuenta de que te han mirado a los ojos y se han llevado algo de ti sólo para arrojarlo unos metros más adelante o atrás o en un basurero o simplemente no te han mirado a los ojos por lo que no han podido llevarse algo de... Tanto más trabajo me costó liberarme de la masa de carne activa que me envolvía y así recuperar el control espacial de mi metro cuadrado, primer paso de mi tan absurdo como eficaz plan de fuga. Estaba decidido a forzar una regurgitación colectiva en aquella comunidad. El siguiente paso consistía en mantener los brazos en alto y el ritmo de los brincos mientras avanzaba hacia atrás, o sea de espaldas, pausadamente y procurando no mirarlos a los ojos. Todo marchaba a la perfección hasta que llegué a la puerta. Allí estaba gordo azulado, no me había visto pero se encontraba atento. Miré sobre mi hombro y vi que estiraba los brazos, recordé el peso de sus manos y la memoria motriz se tradujo en que mi cuerpo se ocupara de reproducir el momento del impacto con lujo de detalles. Estaba con otro tipo, ambos sonreían y yo ya era libre. Como el vómito en la calle. No me arriesgaría a encontrarme con gordos o azules hasta el día siguiente.

Recordé las indicaciones del chofer y decidí avanzar derecho. Esta vez no habrían ni esquinas ni cruces, esa era una línea recta e iluminada. No tuve problemas o distracciones, en pocos minutos me encontraba en Puente Negro. Allí el alumbrado es naranjo todo el año. De ahí en adelante era todo pan comido. Recordé mi apetito, el cuerpo exigía compensaciones materiales después de los esfuerzos del día.

Me detuve frente a una panadería, único negocio abierto a esa hora que pudiese satisfacer la necesidad del momento. En el interior, un gran mesón de madera coronado por un conjunto de cubos de vidrio con lados compartidos. Nada me llamó especialmente la atención, salvo un pequeño letrero verde "pan frío $380". Tras el mesón una mujer de café y edad mediana hablaba con un hombre de café y edad mediana, de su cuello colgaba una máquina fotográfica lista para la acción.

Buenas noches-, me dirigí a la mujer.

Buenas noches *hermano*-, respondió con tono cordial y sumiso. Por oto momento permanecí en silencio. Un camión gigante atravesó el cuadro haciendo menos sospechosa la pausa. Había vuelto la idea de que cualquier cosa podía pasar. No había nada que hacer, el hambre me obligaba a asumir nuevamente el papel de *hermano*.

Podría pesarme un par de panes fríos hermana-, sin apartar mis ojos de los suyos. No hay como un borracho con decisión para asumir de la forma menos esperada las situaciones más cotidianas. El hambre es una de las pocas cosas que en verdad dan decisión

a un hombre, esté borracho o no. Se dio vuelta. La vi tomar un batido completo. Sentí aire en mi oído y su hálito penetrando por mi nariz. Era el sujeto de la cámara.

Porque ese es el cuerpo de cristo-, dijo despacio, a lo que ella respondió, -así es-, mientras se volvía hacia mí y dejaba caer la masa torneada sobre la báscula electrónica que marco sesenta pesos sin dudar ni por un instante. La actitud camuflaje fácilmente puede mantenerse en pié si se mantiene la impermeabilidad mental de forma rigurosa. Pregunté si por cuarenta me daría una torreja de jamón o lo que fuese que guardaba en esas mangas plásticas. Extendí la mano cerrada sobre el mesón y deposite la moneda que me había servido de entretención los últimos quince minutos. Tomó el pan y un cuchillo de mango blackplastic. La hoja y el filo me impresionaron, no correspondían a la actitud sumisa de la mujer. Nunca se sabe, la carne puede ser mantequilla si se tiene el cubierto adecuado.

Busqué sin éxito algo que se reflejara en el metal. Abrió el pan y colocó dos lonjas gruesas de jamón. Me lo entregó todo envuelto en papel sonriendo. No me entregó el cuchillo. Di las gracias y me despedí lo más cortésmente posible. Ambos me contestaron de la misma forma. Todas las frases terminaban con la palabra hermano.

Caminaba y comía. Alcancé a un tipo calvo para preguntarle la hora, me coloqué a-zu-lado y expuse mi duda. Se detuvo y miró su muñeca y luego el suelo durante unos segundos, finalmente levantó la cabeza y dijo, -lo siento, mi reloj se ha detenido-. Seguí caminando, seguí comiendo. Cuando volteé seguía en el mismo sitio mirando su muñeca.

Al volver a lo mío me di cuenta de que me encontraba frente a un bar sin nombre al que nunca había asistido. La puerta tenía ventana pero no miré antes de entrar. Allí estaban todos esos viejos sentados en torno a las mesas, la barra y los salones. Otros de pie. Otros en el suelo. Algunos solos. Algunos en grupo. No más de cuatro integrantes por célula. En la esquina contraria a la entrada, casi tocando el techo, un televisor, un televisor enorme, gigantesco, en el que se transmitía en vivo y en directo el encuentro Paraguay v/s Chile, válido por las eliminatorias mundialistas. Todos en el bar tenían la cara roja he hinchada. Por su aspecto no me preocupé demasiado. Siempre hay viejos con la cara roja e hinchada. Era como verme a la cara con arrugas de por medio. Todos gritaban jubilosos y jubilados. No entendí con claridad sus palabras, sólo su alegría. Ganaba Paraguay en algún minuto determinado pero desconocido, todos alegres, todos paraguayos. Un bar paraguayo lleno de paraguayos. Los brazos en alto celebrando. Mis brazos habían vuelto a elevarse, pero ahora no tenía ninguna intención de marcharme. Me había convertido al paraguayismo. En el paraguayismo nadie te trata de hermano ni se te exige compromiso inmediato, el compromiso llega con el tiempo sin que te des cuenta, por añadidura. Me llaman desde una de las mesas para invitarme una caña. Al parecer jamás había existido la movilidad intergeneracional, estos habían sido viejos siempre. Hombres y mujeres creados con años en el cuerpo y entrenados para demostrarlo y creerlo. Siempre son los mismos, los ojos en tinto y los dientes con sarro, o sin dientes. Cuando uno de ellos muere (sin importar la causa) es reemplazado inmediatamente por otro viejo salido de la fábrica. Es así como estos lugares siguen funcionando, con una vida de entrenamiento y las ideas torcidas. Termina el partido y nadie sale a la calle. Borrachos y satisfechos. A nadie le importa el resultado.

Aún me quedaba un buen trozo de pan, dos perros comenzaron a seguirme. En la estación de trenes un par de siniestros seguían con la vista mi trayectoria. Apuré el paso para no depender tanto de mi equilibrio que de por sí ya era deplorable y más de una mala pasada me había jugado en esos días. Se levantaron y comenzaron a seguirme con los pies. Doblé en una esquina, luego en otra y en otra. Ya no me seguían. Los perros tampoco. En

ese lugar y a esa hora consideré mi paranoia totalmente justificable y necesaria. Quién querría enfrentarse borracho a dos siniestros en las calles lacónicas y deshabitadas.

Desde hacía un par de días manejaba un juego de llaves de la casa de mi abuela por lo que no fue problema entrar silenciosamente cerciorándome de que cada puerta que hubiese cruzado quedara efectivamente cerrada. Reja, puerta, habitación, pasillo, puerta, inodoro, mesa, radio... Gran parte del cuarto está ocupada por la cama de dos plazas. Me quité los zapatos antes de tenderme. Quería pensar en algo pero me dormí.

No estábamos. Sólo los precisos. Todos precisos y ron en la mano, nos balanceábamos al ritmo de la nave y el mar. Formábamos un círculo en medio de un salón con piso de madera, las paredes eran de un blanco perpetuo y se iluminaba por si mismo. No había lámparas o ampolletas a la vista. Se percibía en el aire cierto dejo de cansancio y autocomplacencia. La caja dorada seguía sellada al vacío y la puerta sobre el cristal cerrada.

Ese mismo día alguien informó respecto de la posibilidad de revivirlo mediante prácticas desconocidas para la mayoría de nosotros. Era necesario embarcarnos a la primera oportunidad y emprender rumbo hacia una isla que desgraciadamente no aparecía en ninguna carta de navegación convencional. El capitán dijo que sabía de lo que le hablaba, que nos llevaría por un millón. No hubo objeciones. En una hora ya teníamos el monto y el cofre del tesoro que todos los demás insistían en sepultar hasta que fuese necesario realizar una de las dos reducciones acordadas.

Julio, Danny y yo nos dirigimos a la cabina del capitán para consultar acerca de la situación actual. Como respuesta pudimos constatar que nos dirigíamos al suroeste del puerto. Una mujer añeja y sabia sabría ya que estábamos en camino y cuales eran nuestras intenciones. Nunca había fallado. Este no era el primer viaje del capitán y su barco pesquero. Todos los años al menos un grupo de jóvenes insatisfechos con los designios de la naturaleza o la voluntad, emprendía una travesía destinada a torcerle la mano a eso que delimita la existencia de los hombres.

Al llegar a la isla tras tres semanas de viaje vimos con algo de recelo el gran volcán, en el centro de la tortuga varada, vomitando sangre y bilis a destajo. Los mismos tres desembarcamos y comenzamos el ascenso por una de las orillas más escarpadas de la pústula. Ni una palabra, ni una queja, sólo esfuerzos sobre humanos que obviaban con creces cualquier precaución o rastro de sentido común. Y es que nada en este episodio era común, pero estábamos convencidos hasta la médula y eso era lo que importaba. Pasadas las dos terceras partes y sorteados movimientos telúricos de poca monta y proyectiles de plasma hirviendo, descubrimos una estrecha caverna que parecía apartarse de forma antinatural del flujo y reflujo de magma. Todo en su interior era garrafalmente sulfúrico. De poco y nada servía cubrirse el rostro, los ojos y pulmones parecían demasiado ansiosos por hacer su voluntad lejos de lo que había sido su morada por veinti tantos años. Allá lejos, en el fondo de la madriguera, como un cangrejo en su reserva privada de agua, sentada sobre una roca y envuelta en la piel de un animal cercano al homo-algo estaba ella, riendo mientras nos miraba de frente. Podíamos ver sus ojos rojos a través de las pieles arrugadas y sin pelo, sólo eso podíamos ver. En cuanto tratamos de explicarle nuestras intenciones, nos detuvo con un gesto de su mano derecha, entre pausa y saludo de reina de belleza. Dijo que todo estaría bien, que no debíamos preocuparnos demasiado. Nos pidió una botella de ron para luego despacharnos sin pena ni gloria. Nada nos quedaba en ese cubil, salvo pasar a ser parte de la colección primavera / verano. Tardamos un par de horas en volver a bordo.

Todos nos miraban expectantes. Les dije que estaba finiquitado, nada más. Subí a cubierta a fumar un cigarrillo que lancé a medias apenas el barco se puso en movimiento.

De regreso en el salón blanco, habíamos seguido con las rondas de ron, ahora nos acompañaba la caja dorada recién sacada de los congeladores. Entonces sucedió. Sentimos los golpes en el cristal y vimos sus ojos abiertos, muy abiertos. Los hilos en su cara habían producido evidentes cicatrices. Sus ojos y boca sangraban. Golpeando, él desde dentro y nosotros por fuera, logramos al fin liberarle. Al menos eso creímos. Lloraba y sonreía mientras nos abrazaba. Nosotros jalábamos para llevarlo al exterior. Fuimos a cubierta para festejar y contarle de nuestra travesía, y lo principal, saber de la suya. Hablamos del robo del cuerpo, el abordaje y la escalada. No tengo idea de cuanto permanecimos mirando el mar. Nada parecía demasiado importante, ningún tema duraba más de una carcajada. Noté que no estaba, pregunté si alguno le había visto moverse. Me contestaron que había ido al baño pero que ya volvía. Comenzó entonces una carrera frenética rumbo al salón, nadie contra nadie, si uno ganaba entonces ganaban todos. Bajar, subir. Bajar y subir de nuevo. Las oscuras escaleras se tragaban uno a uno los corredores. Parecía no pisar los escalones. Había llegado primero pero todos habíamos perdido. De una patada abrí la puerta. Sentí al resto chocar contra mi espalda forzándome a entrar. No pude dar más de dos pasos. Jorge había vuelto a su condición de péndulo tras robar una cuerda del camarote del piloto. A ninguno le importó que en el salón no hubiese vigas, o que la cuerda naciera del techo gota a gota, como si la sangre de una vena cortada no terminase de caer y se coagulara producto de la inmovilidad.

La autopsia se realizó de inmediato y estuvo a cargo del médico de abordo. Un cirujano retirado a la fuerza tras una seguidilla de acusaciones que no tiene trascendencia precisar. En su garganta se encontró una bolita de cristal con vísceras de colores y un ahoja de afeitar oxidada.

Nada fuera de lo normal -, dijo el matasanos antes de abandonar la locación.

Al salir, mientras asumía la dirección de las escaleras, supe que llevaba su corazón en la mano izquierda. Quién podría explicarse cómo fue a parar allí. No estaba de ánimos para explicaciones o procesos mentales tortuosos que no moverían un ápice de lo concreto de la situación. Entré al bar y lo coloqué sobre el mesón tras el brazo en el que estaba apoyado. Comencé a darle masaje cardiaco con los pulgares, qué más podía hacer. Qué importaba la bioética y el higiene de los bares. En tierra y alta mar, todos eran básicamente lo mismo. Tras el quinto intento el músculo cobró vida, latía pero no bombeaba más que aire.

¡Doctor, doctor, late, aún sirve!. ¡Hay que devolverlo a su lugar! -, gritaba desesperado frente a la puerta de su despacho que daba a la barra.

Salió de su cubo y se me acercó con el seño fruncido. Le mostré lo que parecía la portada de una tarjeta village, pero al momento de tocarlo para percatarme de que esto no era efecto del ron, explotó. Sus restos quedaron esparcidos en un radio de aproximadamente cincuenta centímetros, alcanzando gran parte del mobiliario y la camisa recién lavada del sujeto. Regresó indignado a su cubil con la cabeza entre los hombros como un buitre que ha dejado de lado sus alas pues la muerte ahora le persigue. Yo recogía los diminutos fragmentos de carne y los depositaba en una pequeña hoja de palma que había traído como recuerdo de la minúscula isla. Traté de darle forma de corazón pero no logré más que un bulto verde y malforme que se volvía rojo, igual que mis manos y mi camisa. Cómo no preguntarme en qué habíamos fallado ahora.

Desperté de día, tenía bastantes compromisos. Aún era temprano. Fui al baño y me mire en el espejo, abrí la llave, tomé el jabón y arremetí cerrando los ojos. Me di cuenta de que tras una noche que pudo haber sido entretenida uno no parece entretenido, y que no bastaba con lavarse la cara para cambiar el rostro, por lo que en ocasiones como esta era necesario considerar medidas más radicales como arrancarme la piel o darme una ducha.

V

No dejan de subir uno tras otro. No les importa ser testigos de la muerte de sus predecesores. ¡No les importa!. Hacen lo que tienen que hacer, lo demás queda simplemente fuera de consideración. Vuelan en cada ascenso con toda su fuerza. No sé si estarán conscientes de que ese podría ser el último intento. No sé si tienen conciencia de lo que sea, tampoco si atacan o los motiva algo más. Crear en lugar de destruir parece un concepto innovador. ¡Que viva la supervivencia de la especie!. No la mía por supuesto. Sólo se que explota toda su voluntad en un segundo, tal vez para terminar con todo de un disparo sin chispa ni estruendo. Llegar por voluntad propia o esperar a que te llegue. Se me hace cada día más difícil parecer optimista en pasado, presente y futuro. Cualquier tiempo verbal es fabuloso cuando únicamente se quieren decir sandeces.

Conozco gente que parece flecha de dos puntas, en direcciones distintas y dándose la espalda. Afiladas y certeras atentan contra toda inseguridad, contra todo lo incorrompible. Creen que esto es para siempre. Siempre iluminados por el brillo susurrante del principio, el fin y el principio.

...es una luz cegadora que me regala claridad. Que me permite descomponer la mañana, antes indescifrable, de posibles caminos extensos y delgados, sumidos en la oscuridad, los que en ocasiones se abrazan pese a insinuarse y rozarse todo el tiempo... (Pope maricón lunático durante su prédica matutina del domingo en la plaza).

Son muchas luces ahora rodeadas por un telón azul marino, un océano de jalea coagulada que les impedía cualquier maniobra en pro del retorno o la clarividencia. Pero siempre están las filosas alternativas, hermanas entrañables. Siamesas que deben la vida, cada una, a la existencia de la otra. Son las hijas del segundo quebrado que hace dos reflejos amenazaba con ser el último de los combatientes que hoy yacen sumidos en el agotamiento y la incertidumbre, pues, sin haber perdido aún la batalla más cruenta de sus vidas, dudan si podrán salir victoriosos, o al menos sin amputaciones a su haber.

A veces recuerdo que no estaba solo, a mi lado peleaban hombres valientes; amigos y hermanos. Compañeros de armas a quienes busco mediante intuición y añoranza, temeroso de encontrarme con el eficaz acero enemigo mientras me ahogo en sus ojos inundados de odio y rabia. Esto no es el fin o el principio, esto no deja de ser más de lo necesario.

Cuando digo la vida sólo me refiero a mi vida. Cuando digo nosotros simplemente quiero decir yo.

Ya me han picado las pulgas de los barrios siniestros, puedo considerarme bautizado y sangrado a saciedad como un fiel creyente de que hay cosas que no tienen sentido y de la infinita facilidad con que se le puede inventar un sentido a todo y creerlo. Yo lo creería. Las siento jugar, las posibilidades ya se han agotado pero ellas no se aburren de lo poco que va quedando de mí. No soy el mismo de antes, a decir verdad esto podría ser otro recambio celular. De esos que llegan cada siete años y marcan algo. Todo por estos parásitos que me desintoxican más rápido que de costumbre. Antes tenía dinero, ropa limpia y jabón. Antes no tenía pulgas. Me cago en las pulgas aunque todo lo que hacía lo

sigo haciendo no como antes sino como ahora. No es tan distinto, hasta alcanza para conformarse. Hubo un tiempo en que los derechos eran exigibles, las tonas eran repartidas gratuitamente en los consultorios si tenías algún conocido dentro o una piedra para romper la ventana. Era eso o tigers baratos en tiras de cuatro unidades.

VI

Ese es el tipo que canta y baila con su guitarra de palo fuera de Esval como un payaso. Abordo de la micro me parece parco y decepcionado de todo. Hay otras cosas que se pueden ver desde la micro.

Camino por la Av. Francia.
Me encuentro con dos punkis que venían viajando desde el norte.
Piti hacía flores.
Charlie necesitaba con urgencia la extracción de una muela partida.
Nos sentamos fuera de una farmacia.
Macheteamos y fumamos.
Piti había conocía a chankaka en tocatas de Quilpue, V.A. y Valpo.
Nos fuimos a la escuela.
Compramos un papel lustre.
Aprendí a fabricar flores con papel lustre.
Pedí dinero.
Hice flores.
Regalé flores.
Patty se llevó dos flores y una traba.
Esperé que llegará Víctor con dinero.
No llegó.
Volvimos a sentarnos fuera de la farmacia.
Había dos punkis que ellos conocían.
Los invitamos a tomar un ron.
No quisieron.
Uno estaba resfriado.
Le recomendamos cerveza con limón.

El otro debía ir a buscar a su hermana chica. Tenía puntas metálicas en toda su ropa. Puntas de todas las formas que conozco. Nunca había visto tantas juntas. Hubiese comprado el cinturón de cuero a quinientos.

Aparece Camila. Otra Camila. Bajita cariñosa y morena. Todo bien puesto. Agrometal. Sabe algo de punk rock.

Todos se conocen. Todos se saludan. Soy el único de debe presentarse. Aún no me presento.

Piti le pide veinte a Camila.
Le digo a Camila que, si tiene ciento veinte, nos vamos a tomar un ron al tiro.
Saca ciento veinte del bolsillo y caminamos.
Ella se detiene frente al negocio de la esquina y regresa con tres sueltos corrientes.
Nos topamos con dos lanas.

Uno es artesano y carga largas hojas de palma con las que golpea a quien sea al girar. Es su pequeño juego.

Nos dicen que quieren tomarse un ron pero que deben machetear.

Les decimos que estamos listos para ir a la Caroca. No dudan demasiado pero dudan por un momento. Todos se conocen. Todos se saludan.

Mientras caminamos me presento con Camila o ella se presenta conmigo.
Llegamos a la Caroca. Salen las monedas para una Top Cola. Lo que sea.

Subimos por Las Heras. Entramos por una escalera. Mezclamos.

Piti ha comenzado a aprender la artesanía en palma.

Artesano disfruta enseñando.

Charlie sabe artesanía en alambre. No para de decirlo, como si tratara de convencerse. Se pone de acuerdo con artesano para que éste le enseñe.

Hablan sobre el deseo por la mujer. Hablan mucho.

Silencio. Gritos. Gente que sube y gente que baja. Perros que suben y perros que bajan.

Artesano cree en la divinidad de cristo.

El resto solo cree en la persona de cristo.

Ya no me cuestiono al respecto.

Artesano cree en la biblia.

Le digo que creo en la existencia de la biblia como un libro didáctico, o como una novela de realismo mágico.

Me responde que tengo cara de nazi pero que nunca ha visto un nazi chascón. Quiere pelea y lo animo. Se para y le digo que aún le faltan varios escalones para tirarme cuesta abajo. Sigue gritando. Me río en su cara. Se sienta humillado.

Se acaba el ron.

Bajamos.

Pido pan en una panadería.

Lo comemos.

Me despido y me voy a la escuela.

Bajo unos poemas de Bertoni en los computadores de la biblioteca.

Guardo teclado, ratón y pad en el bolso. Salgo.

Pido pan en la panadería.

Como mientras camino por la Av. Francia.

Tengo doscientos. Tomo la micro.

Describo la tarde y guardo el cuaderno.

VII

Llueve pero en ese bar nuevo la cerveza es gratis, al menos los primeros mil litros, después tres por mil quinientos. Llego al puerto y también llueve, corro y llueve, entro y llueve. Muchos culos y mil litros de cerveza más helada que la calle. Todos borrachos en cosa de una hora e intentando mantener la compostura. Todo al revés. El punchipunchi me reventaba la cabeza, baile los quince minutos del tema prensado entre un montón de chicas mezclilla. Han pasado algunas horas y queda la mitad de la gente, la cerveza ya no es gratis, dudo que hayan repartido mil litros, me estoy aburriendo como una ostra. Salgo y me encuentro de costado con Rodrigo. Le pregunto como le fue con la nena esquizofrénica. Me muestra una pequeña bolsa blanca con diminutas flores rojas en líneas y columnas. Ya estamos dentro y de nuevo hay cerveza, lo sé porque tengo un vaso lleno en la mano y me he tirado pastillas de al menos seis colores. En el bolsillo me queda una tira completa más una. Renace el punchipunchi, le pido a Rodrigo más variedad. Me pasa una tira que contiene una cápsula amarilla y verde con lunares blancos. Ambos sonreímos.

Ojo con esa-, susurra.

Sólo tengo ojos, pues ahora sólo soy ojos, en lugar de piel ojos, en lugar de pelo ojos, en lugar de brazos y piernas ojos, en lugar de ojos..., puedo ver dentro de mis puños y detrás de mi espalda, me doy cuenta de que no tengo puños ni espalda y que si puedo ver en esa dirección es porque tampoco tengo detrás. Veo incluso la silla pues estoy sentado sobre dos enormes ojos que no parpadean ya que en lugar de párpados tengo ojos. De pronto emergencia gástrica. Me levanto y voy al baño. Todo cerrado. Salgo a la calle y voy directo a la línea del tren. Todas las estaciones se encuentran en remodelación. Me gustaba viajar en tren. Salto la baranda y cruzo las vías. Me encuentro con una caseta de vigilancia momentáneamente vacía. Entro. Cago. Salgo. (E.C.S.). Ya estoy de vuelta con otro vaso de cerveza en la mano. No es el mismo, y aunque está lleno, me agradaba más el anterior. Nuevamente se termina la cerveza y el local se encuentra a un cuarto de la capacidad máxima. Yo también. Salimos todos y nos despedimos como gente civilizada.

La semana sigue y sigo caminando solo y bajo el efecto de tantas alegrías artificiales que olvido los nombres, incluso los colores. Asumo que su sabor era amargo. Tengo la boca amarga y aún me siento alegre, alegremente desgraciado, pero siempre se puede estar más alegre, natural o artificialmente.

Es novedoso entrar a un bar temático en la noche de jazz en vivo. Todo es caro, incluso ocupar el aire con un gas. Todos los presentes pueden costear su minuto de polución gástrica excepto yo. Pero aún así estoy dentro y sentado en el segundo nivel del tercer ambiente con una tira metálica en cada mano y una cápsula bajo la lengua. Afuera se inunda el mundo, aquí es seco y cálido, y hay olor a tabaco de marca. Estoy harto de mojarme sin voluntad u obligación de hacerlo. En todas las mesas hay trago y cigarros. Todos son brillantes intelectuales que han dilucidado al menos un rescoldo de verdad a lo largo de sus vidas. Es una verdad que los vuelve iguales e inseparables. Como una masa que, tras unos buenos impactos contra el suelo, se vuelve polvo. Comienza a sonar Charlie Parker pero no es Charlie. Me siento conmovido por el azul de mi nueva alegría. Es una alegría dulce sincera y sintética.

La banda bebe agua mineral sin pompas y se queja continuamente por el sonido, no parecen tan alegres como yo.

Vamos a un descanso-, comienza la música enlatada.

Ya tengo un motivo para mojarme, es un pésimo motivo pero así son las cosas. Un motivo es un motivo, además es una obligación.

Bajo del segundo nivel y llego al primero, atravieso el segundo y el primer ambiente. Ahora no llueve. Me sobra tiempo para llegar al Suecia.

Esa mujer en la mesa pequeña del lado contrario de esta cripta parece inerte y vacía, creo que mira un punto fijo en el piso lejos de sí, Un bicho enorme y brillante. Levanta la cabeza, no la cabeza sino sólo la cabeza, y queda ubicada entre el fuego cruzado de la artillería de carcajadas de dos vejetes que la acompañan. Le dirigen una mirada y le brindan unos segundos en pos de su reincorporación a las actividades cotidianas. Comienza a esbozar muecas cortas y repetitivas tratando de sentir el rostro entre todas esas arrugas. Ahora ríe hasta por las orejas aunque cada gesto es más desganado que el anterior, como cuando se acaban las pilas en un muñeco. Las frases se vuelven entrecortadas e inconexas, incompresibles para mí o para los que la rodean. Habla para los que habitan detrás de sus dientes, debajo de su lengua y pendiendo de su garganta. Nadie debajo de este suelo le importa, sólo lo que está sobre él y a su alcance.

Dígame joven-. Es una mujer regordeta y con cara de muchos hijos. Todos recogidos de la calle.

Una caña de tinto por favor-, se aleja.

La conversación ha dejado de interesarle, nuevamente el suelo es la pantalla de su programa favorito. La entomología culinaria se ha convertido en la pasión de multitudes por estos rumbos.

Aquí tiene joven-.

Gracias-. Si solo fuese mi madre. Y ella mi abuela. Siempre hubiese contado con un bicho enorme en mi plato y uno más pequeño en el baño.

Pasa gente frente a mi mesa, nadie se sienta, nadie me pide una silla, todos se sientan a mis espaldas, los oigo como fantasmas entre las orejas, las cosas se tornan incandescentes y fugaces. Trato de concentrarme en los años que son pocos y en mis bolsillos. Saco una golosina blanca y la engullo con todo y uñas, necesito la amarilla y siempre saco la blanca primero. Encuentro la amarilla. Pero me encantan las verdes.

El blanco se llama blanco porque no es tinto, no es como el tinto que se llama por lo que es. No importa demasiado, siquiera en lo más mínimo. La jarra entre los vejetes está a la mitad, uno de ellos la sujeta del brazo animándola a conversar de algo que no alcanzo a entender. Por fin la verde. Ya no grita festiva y frenética, como un nativo antes de la batalla. Sigue con la vista al blindado en miniatura que ha llegado hasta mis pies. Lo pateo hasta la cocina y la miro a través del humo. Yo no le importo, lo que quiere es su cena. Ahora tendrá que levantarse a buscarla.

¿Supiste Sobre ese escritor que murió?, bien famoso el hombre, y su señora. Este hombre, el escritor, guardaba dinero en un banco de Londres y jamás se lo había dicho a nadie. Todos los meses depositaba algún dinero, como una gotera. Cuando murió, la gente del banco, no lo podían encontrar al fulano este. Porque hay gente que guarda plata y nunca se lo dice a nadie. Como esos hermanos que sabían que eran hermanos y..., pero nunca se hablaban. Estos hermanos depositaban su dinero en el mismo banco y nunca supieron que eran clientes del mismo banco. Resulta que uno de los hermanos se fue de excursión y de pronto se alejó del grupo, como quien dice, subió al cerro para mirar, para conocer.

Entonces apareció un viento tremendo, de esos que hay en las alturas y que te arrojan trescientos metros más allá. El fulano cayó y quedó inconsciente.

Días después el tipo despertó, como quien despierta de un sueño. En esos momentos pasaba por allí un arriero, de esos hombres que caminan por todo el mundo. El arriero le preguntó que le había pasado, y este tipo le respondió que había caído desde allá arriba y llevaba dos días en ese lugar. El arriero le dio unas vitaminas y se lo echó a la espalda como un saco. Como un muerto. Cada cierto tiempo el arriero le daba una de esas pastillas para que el cuerpo le siguiera funcionando. Los arrieros siempre andan con medicamentos, como quien dice, de primera atención.

Tras un tiempo de subir, llegaron a un convento de religiosas, de esos que siempre hay en el camino como estaciones de servicio donde la gente puede llegar. En este convento vivían mujeres de esas que han decidido apartarse de su vida natural. ¿Cómo se llaman esas mujeres?, esas que han decidido...

Una vez en el interior, el arriero acercó al hombre a la ventana para mostrarle la caída y le comentó que no se explicaba cómo había podido sobrevivir, que seguramente había caído de tal forma que el cuerpo sirvió para amortiguar el golpe.

Los arrieros son hombres muy esforzados, ¿cómo se llaman esos hombres que andan caminando por todos lados? ..., bueno, aquí les decimos arrieros. Se llevan el ganado, lo dejan por ahí pastando y lo van a recoger una temporada después. Es sabido que deben caminar grandes distancias para reunir el ganado que dejaron suelto. Los animales bajan de los cerros con ocho, diez y hasta catorce crías después del periodo en que quedaran pastando. Los arrieros pueden bajar con todo tipo de animales. A veces caballos, otras veces vacas, cabras, pollos, liebres, camellos, tortugas...

Una cosa bien interesante es saber que las tortugas las llevan para desparasitar el resto del ganado.

¿Sabías que hay dos tipos de camello?. Bueno, hay dos tipos de camello, unos que son de crianza y otros que son de la naturaleza y se reproducen así no más. A veces los arrieros los van a buscar, recorren tremendas distancias para capturar a las crías, con ellas hacen lo que mejor les parezca; las matan, las venden, las carnean.

Por allá, por donde las crías, hay un viento que dura tres meses, un viento tremendo de fuerte. Los científicos aún no saben de donde viene o cómo aparece, no han podido explicarse por qué se forma. Este viento se junta en un solo lugar, como quien dice, se concentra, y consigo trae una humedad que comienza a caer. Bajo el viento crece pasto, entonces los arrieros pueden llevarse los camellos sin ningún apuro. Una vez al año y por tres meses.

Los arrieros suelen andar armados para darse señales entre ellos, tienen un oído extraordinario. Les basta oír el disparo para saber donde calló muerto el animal.

Una vez un pollo comió un extraño tipo de hongo que le produjo algo en el cuerpo. El pollo llegó a un lugar lleno de caballos, de esos… caballos. Los caballos también comieron hongos. Debajo de su piel comenzó a acumularse una fina grasa en cantidades considerables, se volvieron grandes y pesados. Cuando el arriero volvió a buscarlos ya pesaban tres veces lo que suponía debían pesar. Eran tremendos y lentos como caracoles. En comparación con los caballos de carga y de montar éstos eran abominaciones de la naturaleza abstemia.

Al día siguiente el arriero decidió comenzar a fabricar helados con la grasa de los caballos. Así es como se fabrican los helados y se cultivan los bancos.

Voy en una micro vieja atravesando un callejón techado por cúpulas y arcos consecutivos, piso de antiguas viviendas. Llegan los tres peldaños y el final del callejón. Toda mi atención está puesta en lo que veo. La motricidad gruesa no es suficiente para evitar el impacto cabeza-baranda. Todo por sentarme al final.

Fuera, la micro sube y baja. Veo el mar. Ya no. Curvas en ascenso y la mujer de rojo que se vuelve cada vez más pequeña sin alejarse. Yo tampoco me alejo. La micro se aleja. Lo hace en una secuencia que omite cuadros fundamentales para la comprensión de lo ocurrido. La calle parece oscura, todo el viaje ha sido oscuro, como la antesala de un desmayo post donación sanguínea. Me parece un sueño, aún me parecen sueños. Con todo y música sicodélica.

Despierto sobre el colchón boca arriba. Entre el techo y mis ojos está su cara greñuda. Oigo gritos. Mi cara apunta al suelo en horizontal. Ya no presto atención. Una horda de enanos encapuchados corre por la pieza cargando bultos y armamento pesado. Los gritos son de otros que, como yo, han sido inmovilizados por el peso y fuerza sobrenaturales de los miembros de la facción pigmea de algún grupo subversivo centroamericano, afgano o estadounidense.

VIII

Me levanto como el cuesco desde la fruta podrida, todo parece ser humus y hediondez. No es raro tener asco de todo cuando despiertas con el mismo aliento. Saldo negativo y sigo adelante. Ahora comienza el viaje a la verdura con calor y el aura en fermentación. La génesis de un recuerdo puede estar en cualquier cosa, y recordar las cosas me conmueve, no encuentro muchas que lo consigan pero aún están allí, sin un referente claro o conexión lógica, pero aún así están. Llego a la casa de mis padres y encuentro la pieza llena de gente, compañeros de mi hermano. Salimos todos y nos fumamos el último, no, el primero, todavía es temprano.

Voy a la feria. En menos de tres cuadras ya me han saludado cuatro personas. A todas las he visto venir, siempre he evitado el contacto visual directo. Todos me han reconocido y me saludan una vez que nos hemos cruzado. Usan tono burlón, como tratando de recordar lo cotidiano de nuestra relación. A ninguno le contesto.

Entro al negocio de la vuelta y me encuentro al retrasado malforme atendiendo. Pero no está atendiendo. Está escondido tras el mostrador en cuatro patas comiendo pequeños trozos de queso laminado del mismo envase del que la gente pide. Es una rata gigantesca. Al verme se incorpora de forma histérica mirando lo que dejó en el suelo. Regresa al suelo, recoge el botín y finalmente lo coloca dentro del congelador con vista a la entrada. Le pido dos cigarros sueltos y fuego. Sus uñas son como diez uñas, todas montadas sobre todas. Sus brazos delgados resaltan su prominente caja toráxica. Tiene una cabeza enorme. Cada vez que lo he encontrado en el mostrador, su mirada me parece más despiadada, más cercana a la normalidad. Se ve como un prisionero, un inocente condenado de por vida a la inferioridad y el menosprecio social. Capaz de generar lástima en el mejor de los casos. Un día va a explotar bajo el efecto del queso. Una sobredosis que despertará en él todo ese odio reprimido contra las miradas que no se le apartaban. Salgo hecho una locomotora.

Llega de la pega tarde. Ha trabajado como bestia todo el día, un día como cualquiera. Todo invertido en seguridad y protección, es un amante de los electrodomésticos. Todo es lo mejor a su alcance y no pasa de ser un mediocre y perdedor. Su mujer no está, nunca está. Rabia fermentada en las venas cuando piensa que debe calentar la mazamorra anidada en las ollas desde hace ya un par de días. La cocina es un chiquero. Su hijo mayor tiene veinte, es un vago según la mayoría de sus parientes, una sanguijuela que lo ha lampreado desde que tiene conciencia, siempre ávido de algo. Su hija no está. Quince años y ya es el reflejo de su mujer.

¡Qué más quieres hacer a costa de mí!- dice papá a mamá con el vaso de tinto a medias aumentando progresivamente el volumen y la intensidad (por decirlo de alguna manera o por decir algo). Sus gritos se han tornado cada vez más agudos, como si el espacio de su garganta, ahora subdimensionada respecto al poder de sus argumentos o su rabia, fuese el pito de la tetera, y papá hierve.

IX

Cuando entro al Suecia suelo ir directo hasta la barra mientras realizo la acostumbrada revisión general. Atravieso el local y pido una caña. Junto a la barra hay un tipo calvo de pelo largo terneado de café, tiene la piel blanca y el pelo negro.

Uy, llegaron los lolitos, llegaron los lolitos-, canturrea en tono burlón y neurótico. Sé que se dirige a mí. Soy el más joven a esa hora en el local. Por lo tanto el único lolito a la vista. No lo miro. Me voy a una mesa pequeña y vacía, por ahora no quiero problemas, me sé tranquilo pues, cuando los quiera, él estará allí para satisfacerme. Casi nadie mira el televisor en la esquina aunque, como siempre, está completamente rodeado. La hora pasa y comienza a llegar la gente del mercado y los estacionamientos. Todo se alegra, hay música y risas, los que recién han llegado ya tienen un vaso o una jarra en las manos o en la boca.

Uno de los tipos del mercado se me acerca, amablemente consulta si puede compartir unas palabras. Mi ánimo era bueno, aunque no lo hubiese sido habría dicho que sí. No tenía nada mejor que hacer. Se sentó y de inmediato me pidió si podía ir a comprar cigarrillos por él. Al llegar a la barra el calvo pregunta, -¿cómo está lolito?, lo veo callado-. No le contesto y vuelvo a la mesa sin recriminaciones. Miguel, el tipo del mercado, comenzó a hablar sobre su fuente secundaria de ingresos. Además de cargador, era una especie de chamán, dedicado a la extirpación y aplicación de maleficios de algún tipo que no supe entender en ese momento.

Una vela, tres hojas de laurel y algo a lo que le tengas fe. Eso es para sacarle el mal de ojo a los niños. Cuando no me siento bien le digo a la gente que estoy muy cargado y que ellos mismos deben hacer el trabajo-. Habla con una dicción llamativa, por cierto bastante pulcra para lo enajenado que me pareció estar.

Me explicó que existían tres tipos de magia; blanca, negra y café. Esta última era la más poderosa y secreta, por lo mismo la más peligrosa. Tanto por los métodos de su uso práctico como por el contacto con quienes llevaban una vida en el oficio, que difícilmente querrían bien para con un recién llegado. También me habló de su extraordinario sentido de la audición, relacionado íntimamente con las ondas de baja frecuencia, lo cual le permitía detectar movimientos telúricos hasta con un ahora de anticipación. El tema de las ondas de baja frecuencia me interesaba especialmente debido a los experimentos sonoros que venía realizando desde hacía algún tiempo. Cuando me disponía a explicarle mi interés apareció el calvo susurrando a mi oído, -me gustas cuando callas porque estás como ausente...-. Mi vaso estaba vacío así que fui por otro. Me seguía de cerca recitando sin tregua. Me estaba colocando nervioso y el ánimo decadentemente efervescente me hacía apretar los puños bajo la barra. Tomé el vaso nuevamente lleno y aún me siguió medio camino de regreso. Al sentarme noté que Miguel ya no sería capas de hacer un exorcismo a una rana poseída por una mosca vengativa, o siquiera continuar con la conversación. Giré y allí estaba calvo en medio del local mirándome a los ojos con una sonrisa media sonsa entre las orejas. Me pareció tan cordial haciendo señas que decidí invitarlo a sentarse. Quedaba mesa y de seguro a Miguel no le importaría tener más compañía. Era de esas personas que comparten desde lo más entrañable de sí.

Calvo se llamaba Rony y actualmente se desempeñaba como asesor judicial en una firma de abogados de poca monta. Tanto así que lo de firma no era más que un tecnicismo pues la nómina contaba, además de Rony, con un jurista titulado cuyo apellido en Times New Roman dibujaba un arco sobre el cristal de la puerta del despacho.

Preguntó si estudiaba, contesté que no. Nunca había tenido lo que se llama vocación o amor por el trabajo social. Preguntó mi edad y cuando le dije veintidós confesó que le había parecido más viejo, como de treinta. Sonreí y cambié el tema ya que su edad me interesaba un huevo. Volvimos a lo de la firma de abogado(s). El Jurista titulado y presidente de la firma era un viejo amigo suyo, condiscípulos de una facultad de Derecho de quién sabe dónde. Se habían encontrado en Valparaíso hacía ya dos años. Tres semanas después estaba incluido en la nómina con el cargo de asesor jurídico. Las funciones de un asesor jurídico no demandan demasiado tiempo o esfuerzo en una jornada de trabajo. Además el cargo rendía dividendos suficientes para disfrutar cada noche entre vino barato y cigarros corrientes. Hablamos de geopolítica e imperialismo, socialismo y solidaridad internacional. Asentía con la cabeza a todo lo que le decía. Cuando le pregunté por qué lo hacía, salió con lo de que le parecía un tipo inteligente y narigón, que tendría cuidado conmigo pues sabía que los narigones la tenían grande.

No dejaba de llamarme mijito y tratar de acariciarme la cabeza.

Oiga mijito, vamos al 7 Machos para que conozca –, con una sonrisa lánguida y los ojos vidriosos. Salimos entre la juerga que no daba señales de terminar.

Entramos al 7 Machos y me senté cerca de la puerta mientras calvo se dirigía a la barra. Volvió con dos medios blancos. Saqué el pito que me quedaba. ¿Se puede fumar aquí?-, pregunté. Respondió sacando los fósforos del interior de su chaqueta. Fumamos y bebimos mientras planteábamos los hipotéticos problemas de convivencia y subsistencia de la pareja de sordomudos sentados al fondo del local. Ella permanecía sentada mientras él iba y venía entre la mesa y la barra gesticulando con ambas manos alzadas y mascullando una jerga extraña a la que el cantinero respondía habilidosamente con movimientos de cabeza en señal de afirmación o negación, iba y venía como una pelota de pinball.

Salimos a la calle y le dimos la vuelta a la cuadra. Entramos en el restorán Los Compadres y todo de nuevo, mesa cerca de la puerta y dos medios ahora tintos. Rony era un fumador a diestra y siniestra, sacaba un cigarro tras otro y en cada ocasión me ofrecía uno con esa maldita sonrisa de complacencia absoluta. Salimos a tomar el fresco o para largarnos de allí pero volvimos a entrar. Esta vez sentados en la barra cada cual con su medio de tinto con blanco. No dejaba de decirme mijito y referirse a mi nariz y las expectativas anatómicas asociadas.

Si te la imaginas tan grande y tanto te apetece la puedes chupar sin vergüenza-, y agregue, - en el segundo piso hay sillas cómodas, está oscuro y vacío -. No volvió a tocar el tema.

Oye mijito, ¿me acompañarías a recitar al café Riket? , allí me conocen y nos pueden pasar un par de lukitas-.

Respondí que si, igual que siempre. De nuevo en la calle nos encontramos fuera del Lucerna. Bajamos. Ahí lo trataban de Don Rony. A mí me trataban como al borracho problemático que no puede permanecer en el local.

Don Rony, uste' puede quedarse pero el joven está borracho -, comentó el gordo de cola a cargo del bar.

¿Uste' cree que estoy borracho? – consulto intentando liberar la lengua de esas extrañas ataduras que parecían venir desde mucho más allá de la garganta, un lugar indefinido entre el estómago y la columna vertebral.

A todas luces -, contestó sin sonreír pero sin disgusto evidente. Me parecía que este era uno de esos sujetos sin muchas luces. Eso fue lo que le dije mientas regresaba sobre mis pasos y me llenaba de calle ojos y pulmones. Segundos después apareció. Seguimos

caminando y riendo con un cigarro en la mano consumiéndose lento. Yo estaba borracho y él no me parecía menos. Me preguntó por mis padres. Antes de contestarle ya me hablaba de los suyos.

En ese tiempo era chofer de buses (tiempo pasado de su padre). Siempre había sido chofer de algo, desde siempre o desde joven. Desde Puerto Montt a Panamá, y siempre el asiento mullido con cojines extra para combatir las hemorroides. Esa noche conducía por la cinco Sur a la altura de alguna parte, en un kilómetro determinado. Llevaba una semana cubriendo ese trayecto para alguna empresa de buses que, según él, había quebrado. Todos los pasajeros durmiendo tras los polarizados de la cabina. Él y el auxiliar cremaban un perno de cogollo procurando que las inyecciones esporádicas de velocidad no levantaran sospechas. Mientras exhalaba la última nube que desaparecía tragada por el hoyo negro en la ventana, aceleró. El auxiliar ya había apagado la chicharra que alertaba ante los cien k/h. Ese utilitario con su cargamento de mujeres-pasa, todas seniles y con sombreros floreados, había aparecido de la nada. Sólo alcanzó a sonreír al ver las luces delanteras dentro de todos sus ojos. Ellas también sonreían alegres y despreocupadas pues habían olvidado sus culpas y miedos. El efecto polilla las había consumido. Todas muertas al instante, eso decía la prensa. Siempre lamentó no haber producido algún tipo de sufrimiento físico en sus víctimas. Llegó el juicio. Fierros torcidos, fotografías sangrientas, y menudencias de todos los colores y formas imaginables. Tras un año y cuatro meses de procesamiento, obtuvo su libertad alegando el consumo terapéutico de ganja con todo y receta sin retención, debido al padecimiento de un caso extremo de anorexia (rara variedad hereditaria del trastorno psicoalimenticio) que había tenido al borde de la extinción a su familia desde hacía ya cuatro generaciones.

La vida no es algo intelectual. Lo que vive es el cuerpo, la carne. La mente y las ideas son sólo algo que existe, una consecuencia de que la carne se encuentre ocupando un lugar y tiempo delimitados o cuantificables, aunque por sí misma no pueda percatarse de ello. Eso era lo que solía decirme de niño.- Entonces gemía entre dientes como un infante enamorado.

Procuraba recordar con hambre su primer accidente. Un atropello en la carretera. Era joven y aún no obtenía su licencia clase camionero. Una mujer de trapo esparcida sobre el pavimento, abrazándose sin cariño con cada una de sus extremidades. El gesto que dejó en su rostro el impacto era el de jirones que desean mantenerse en trozos. Eso me pareció cuando vi las fotos. Hemorragia interna masiva delatada por el torrente carmesí emanando desde su boca. Cuando levantó la insípida falda y encontró el calzón rosa lleno de mierda entendió que lo último que se podía hacer en la vida era cagarse. Definitivamente cagarse. Eso era algo que hacía la carne y no la mente.

Ese era uno de aquellos mutantes que no se inmutaban ante la posibilidad de mezclar burbujas y colonia inglesa. Sin miedo ante las puertas de un basural inmisericorde lleno de criaturas con cicatrices decorativas que hubiesen intimidado al más bravo de los guerreros. Pero el no era un guerrero, no señor, él era un chofer de esa clase para la que no bastan las letras o los números, o cualquier código contemplado por la dirección de vialidad. Dispuesto a devorarte ante la primera señal de debilidad. Caer en picada solo ante probabilidades funestas. Todo valía mientras hubiese subsistencia, por más paupérrima que ésta fuese.

Probé de la sorpresa constante sin la más mínima angustia por conocer la forma o el fondo de lo que cualquiera podría pensar o proclamar como porvenir.- Ahora reía mientras volvíamos sobre nuestros pasos.

De vuelta en la micro se me sentó al lado un tipo que seguramente conocí en algún sitio poco peculiar. Me saludo y volví a dormir, al parecer no le contesté como esperaba. Sentí la disminución de la presión sobre el asiento y su voz chillona alejarse. No demasiado, sólo hasta el asiento de atrás, donde comenzó la conversación que seguramente deseaba entablar conmigo.

Resulta que tras unos meses de intentarlo sin éxito, había logrado introducir en su bolso cruzado un resumen de lo que fuera su vida en los últimos veintitrés años. No son muchas las cosas que caben en un bolso cruzado, yo mismo tengo uno, pero jamás he intentado resumir mi vida en su interior. Algo de curiosidad tenía, además me sentí satisfecho de no tener que formar parte activa en la conversación para enterarme del contenido y hacerme una idea al respecto. Al parecer hace un par de semanas había concluido la autosíntesis con los siguientes resultados. Lo más contundente era un chaleco. No me pareció fuera de lo normal, aún corre un viento molesto en las tardes si no se cuenta con un chaleco. También había un cuaderno con la foto de Nina Polluzzi en la portada, era un cuaderno desgastado por el trajín y maltratado por la bidimensionalidad de Nina, que hacía crecer en este sujeto las ansias de encontrarla parada en una esquina meneando la cartera y encendiendo un king size. Lápices de cinco colores (azul, negro, rojo, verde y arándano), todos los lápices van en una billetera larga y roja con las costuras azules y un estampado con la cabeza de un caballo negro. La billetera había sido de su madre y el bolso de su padre, eso no importaba demasiado, pero no podía olvidarlo por voluntad u omisión. Seis disquetes amarrados con un elástico. Discos de música y el carné. Un cabernet 120 con todo y saca corcho, de esos que también abren latas, perfecto para las arvejas en conserva a las que aún les faltaban cuatro años para estar en el límite de la caducidad. El cepillo de dientes. No me quedó claro si siempre había sido el suyo. Un rollo de confort. Dos alambres de motor de auto a pila hechos trenza para abrir puertas con chapa redonda o en ángulo. Una bolsa plástica de líder enrollada a su mínima expresión y con el logo oculto a la vista. Una argolla metálica que reunía las llaves que había encontrado durante años y que jamás resultaron ser las indicadas cuando la oportunidad parecía la más propicia, por eso la trenza de alambre cobraba importancia. Un sobre de papel café tamaño oficio con borradores tachados en cinco colores y el catálogo de una muestra colectiva de pintura que reunía trabajos de mujeres dedicadas a la exploración y la autorreferencia. El chaleco no tenía cuello, pero cargaba uno de esos cuellos plomos que venden en las veredas.

El tipo estaba compungido, o la menos algo triste. Ayer había terminado borracho en el barrio puerto tras varias corridas de medios litros en Los Compadres. Ahí nos habíamos conocido. Nada de otro mundo. Todos terminan donde mismo, minutos antes de cerrar. Todos los viernes es así. Llegas relativamente temprano e intentas no emborracharte hasta después de que cierren las puertas. Es un lugar tranquilo, con clientes tranquilos en su mayoría. Las peleas se arreglan fuera y ganes o pierdas es mejor que te largues porque la puerta trancada en tu espalda no se vuelve a abrir a menos que tengas acordado con la tía volver después de un rato porque tienes que hacer esto o lo otro. Es prudente no andar con peso muerto, como mochilas o bolsos cruzados. Supongo que no lo sabía. Los viernes después del cierre los dos pisos se llenan con gente de pie y sentados. Es mejor estar sentado cuanto más puedas, aunque no se debe exagerar, pues si pierdes tu lugar no puedes ni debes esperar recuperarlo en un buen rato. Hay roces y discusiones ocasionales pero nada de importancia, salvo uno que otro filo que asoma y que no llega a nada pues ya está fuera y escuchas a la tía gritar y trancar la cerradura. Todos contentos, todos tranquilos.

Todos menos el cabro del bolso. Ese se curó temprano y se notaba que buscaba algo que hacer además de hablar y tomar vino, más de alguno se había dado cuenta y le había echado el ojo. Hay que decir que todos están contentos y tranquilos mientras les conviene. Otras veces es conveniente ser rápido y violento, o estar completamente sobrio. Se le veía caminar de abajo para arriba y de arriba para abajo. Evadía los obstáculos en su camino mediante la técnica de combate oriental que emula a un viejo borracho y sonriente. Era eso o los obstáculos debían darse el trabajo de evadirlo. Todo parecía más fácil habiendo ritmo de por medio. Colocó al menos diez canciones en la máquina y algunas más en la barra, donde solía sostenerse durante algunos minutos sin la necesidad de cargar el vaso que volvía a llenarse una y otra vez sobre las tablas. Volteaba como si alguien le hablase, pero allí no había nadie. No es que materialmente no hubiese gente, el lugar estaba lleno a más no poder, era más bien que su rango visual parecía estar dirigido a los centímetros rellenos de aire frente a sus ojos en lugar de otros ojos, por inmediatos que éstos se encontrasen. En toda la noche no le vi más de tres minutos con la misma persona, eso si llegaba a verlo cerca, asumo que era increíblemente sociable o no conocía a nadie. En un momento me vi hablándole en lugar de escuchar su charla introductoria más que obsoleta. Para las tres y media ya era el tipo más conocido y fácil de la velada. Bastaba estar la mitad de borracho de lo que él estaba para asegurar el triunfo, bastaba eso y la iniciativa. Lo vi bailar un par de temas solo y otro par acompañado, lo vi ir un par de veces al baño. Lo vi salir acompañado de dos tipos algo mayores que él y ya no llevaba su bolso. Lo imaginé porfiando en la calle, exigiendo lo que era suyo y recibiendo algo más de la cuenta por escandaloso. No dudo que le hayan ofrecido la posibilidad de irse en paz, se notaba que todo lo que pudiese llevar de valor se encontraba en ese bulto rectangular que no dejaba de palpar cada cierto rato. No iba a volver a entrar aunque quisiera y nadie lo iba a ayudar aunque gritara. Es bien sabido que en la plaza sólo hay carnívoros a esa hora y los que no cazan bien se conforman con la carroña. Si algo de cordura le quedaba para entonces, debió haberse dado cuenta que lo mejor que podía hacer era abandonar la escena, caminar tranquilo y consolado por el hecho de que fuesen pertenencias materiales en lugar de un ojo. Quince minutos después entraron los dos que tenían que volver, venían limpios y sin despeinar. Del otro no vine a saber hasta entrada la mañana.

En la conversación que más bien era un monólogo, se omitían varios detalles, seguramente las lagunas habían sido producto del vino y los golpes que le seguían moviendo el mate. Qué sucedería ahora que había perdido su vida. Es posible que progresivamente fuese convirtiéndose en otro debido al olvido, o sistemáticamente reconstruyese, en la medida de lo posible, esa cápsula del tiempo que cargaba como un ancla en medio del bar. En adelante sería más prudente y la enterraría durante algunos años hasta que el abandono y la indiferencia negasen todo registro de su existencia.

Me aferré al bolso que llevaba entre los brazos tanteando el cierre. Mi bolso no es muy importante, es más bien un borrador, o un intento de bolso. Aunque lo perdiese siempre tendría una mochila o los bolsillos de una chaqueta.

X

En el último enamoramiento se vio involucrado muy a mi pesar ese sentido común con el que tanto contaba. También se fue, también se aburrió y me aburrió de tanta sensatez artificial. Así termine frente al mar y en silencio, el último cigarrillo en la boca y el paso seguro de quien se sabe presente en algún entierro. Cómo habría de faltar a esta, la cita más importante de mi vida. Contigo a mi lado ¿debiera sentirme a salvo?. Lo mismo podría decir lo que aún queda. Es un atardecer hermoso, casi tan decadente como nuestra conversación en la cafetería /te amo/ y yo a ti/ pero yo más/ pruébamelo/. Que podría ser más demente que morir a voluntad por un amor de cafetería, cultivado entre azúcar y servilletas de tela manchadas con el aceite de los berlines.

Lo último que supe de Nina fue que había descubierto un método para enseñar a los peces a fumar cigarrillos mentolados bajo el agua. Siempre supe que ella llegaría lejos, lo suficientemente lejos de mí como para que la vida volviese a ser atractiva, /¿aún te quedan cigarrillos?/ gracias.

Al amor le faltan grados, es como una Lemon Stone, sólo sirve para quitar la sed si uno tiene sed, sino, realmente es prescindible. Así como lo mentolado de los cigarrillos de Nina, todo en ella era mentolado, las frases, las sonrisas, las miradas, los llantos, los muelles, la saliva de sus bocas, si hubiese tenido la oportunidad de probar sus mugres sin la contaminación del agua clorada del escusado, estoy seguro que podría haber curado las picaduras de los mosquitos sobre mi cuello, mi espalda, mis piernas, maldito calor, maldita ventana sin mosquitero, maldito mosquitero sin ventana, malditas cosas mentoladas fuera ya de mi alcance. Y el sonido del agua corriendo por las cañerías del edificio, mensaje colectivo para propietarios arrendatarios y allegados, emulando la visita escolar a la hidroeléctrica para aprender a cambiar y encender un bombillo en lugar de una vela. Prometí no olvidar la visita a la planta procesadora de cera, al menos no mientras no tenga el dinero para repactar mi deuda con Chilquinta. Creerías que fueron capaces de cortar la energía al viejo Soto, como esperan que mantenga funcionando el pulmón de hierro, en estas condiciones no se puede esperar ser más civilizado que el sentido común de Nina, quien seguramente también fumaría mentolados de quinientos. Jamás le gusto alejarse demasiado de los espejos, recuerdo que temía olvidar el verde de sus ojos en los días soleados, así como el fin último de sus proyectos acuáticos.

Esta mañana, todo lo pensado parecía tan similar a como había quedado que fácilmente pude haber caído en el engaño, haberme vestido, preparado y tomado un café, uno mediano, salir a buscar madera o controlar el crecimiento del pasto en el cerro. Una pequeña amnesia por aquí y otra por allá y todo está listo, eres otro y todo es lo mismo. Algo era distinto, no en lo material, sino en la forma de percibirlo. Me di el tiempo de revisar minuciosamente los detalles que pude considerar cotidianos. Podía ser algo material, pero tan ínfimo que llegaría a afectar directamente el subconsciente, obviando los sentidos básicos, incluido el sentido común. No tengo ansias de pasar el día revisando detalles cotidianos. Me levanto y voy a la cocina.

La sensación de vacío no es algo novedoso para la mayoría. De pronto, luego de un corte en la acción o un cambio de escena, aparece en algún sitio de la inteligencia emocional. De allí se transmite al constructo físico de quien la está padeciendo. Puede asociarse término *padecimiento* generalmente a un lenguaje clínico, ya que, como en una patología, se identifican, si se tiene voluntad de hacerlo, causas externas, reacciones

psicopatológicas (síntomas físicamente detectables, originados por una idea o interpretación de la realidad concreta), incluso tratamientos farmacológicos. Finalmente, y sólo en algunos casos, la alteración regresa al aspecto puramente cognitivo del sujeto. Empieza un proceso de asociación de ideas que puede tener como objetivo explicar el estado actual o simplemente descartarlo. Si se decide tomar la primera opción, pueden esperarse ciertas consecuencias; sean cuales sean las causas, la alteración anímica se experimentará en intervalos de tiempo correspondientes a los lapsos entre las cúspides en la objetivización del estado. Así, en un punto que no debe considerarse como extremo, esto por el hecho de que pueda darse en la práctica sin mediación alguna, la sensación de vacío puede ser proyectada en tercera persona. Entonces sería una proyección con fines explicativos, pese a que no debiesen descartarse las similitudes con casos de proyección en segundad persona en los que se daría una suerte de metaconciencias o conciencias alternas. Ahora bien, en la resolución alternativa, la alteración queda relegada a un segundo plano que no afectaría la cotidianidad de los procesos cognitivos más simples asociados a ella.

Llego a la cocina y comienza un desfile de recuerdos tiernos, no mimosos, sólo tiernos. Abrazos, besos, caricias y frases condescendientes. Todos son expresiones de cariño. Cariño que han sentido por mí y que he sentido por *todos*. Pero los otros, esos que sintieron, sienten y son objeto de sentimiento, no aparecen definidos con absoluta nitidez. Sé quienes son, conozco sus voces y sus rostros. Sé por qué están en mi vida y como han llegado a estarlo. No me parece que extrañe a esos que podría considerar como amistades, o a quienes amo, amé y amaré. Puedo imaginar a cualquiera abrazándome, sin que necesariamente sea uno de ellos, y la sensación de vacío sigue allí, no sé dónde, digo allí como podría decir aquí o allá, en la distancia o en mis entrañas. Me refiero a que tiene movimiento pero no cambia de lugar. La sensación de vacío es a la vez la percepción del mismo, de lo contrario, sólo podría decir que imagino el vacío, lo cual no sería totalmente cierto. Es como si quitasen del interior de mi cuerpo todo lo que no le es propio, agua, aire, alimento, caca y no sé que más. Recuerdo la extracción de aire a tambores metálicos herméticamente sellados que mostraban en el profesor rosa. También recuerdo el hambre y siento hambre, la contracción del estómago y los intestinos que parece no necesitar proyección cognitiva pues efectivamente su tamaño está disminuyendo progresiva y sistemáticamente, por lo que todo pegado a todo se jala hacia el epicentro de la alteración anímica hasta llegar a la piel que comienza a sentirse menos piel en cantidad y carácter. Ahora es un cascarón, y me he desprendido de él. Floto en lo amniótico de la vida y soy como un prenato sin cordón umbilical. El único contacto con el exterior parecen ser esas dos luces allá arriba, donde creo estaban los ojos. Me acerco a toda marcha a ser otro títere de acción desarticulado, encerrado de por vida en un tarro sellado al vacío. Todo porque la etiqueta ha sido adulterada. En ella se lee una fecha de caducidad e información nutricional. Lo que me falta de calcio me sobra de hierro, los niveles de tiamina y materia grasa parecen los apropiados para un ejemplo de sociedad cristianoccidental en el clímax de su desenfreno. La verdad es que las flatulencias de oriente a medias me tienen sin cuidado. Él insiste en que son una gran charada, de las mejores que han aparecido en su cabeza. Pero lo mismo de siempre y lo mismo de nada porque siempre es nada, y el narcisismo y la baja autoestima, las inseguridades y todos los gérmenes que fermentan a la juventud moderna. Toda esa sangre nueva se coagula frente a televisores que transmiten estática durante la mayor parte del día cronológico en lugar del funcional. Se me hubiese partido lo que siente, si no fuera por el hecho de que no hay hechos concretos que validen de forma tácita una decisión de tal carácter. Ese carácter que implica repercusiones a corto y mediano plazo.

Imaginemos una persona cualquiera, como yo, caminando en la calle, conmovida ante cualquier vitrina poblada de electrodomésticos, preferentemente radio y tele transmisores. En su interior también hay gente joven atrapada. Esa es la impresión que da. Puede percibirse con plena claridad una voz, un rostro, las lágrimas y sonrisas de una nueva casta que debe ser integrada al análisis de la destrucción social de la realidad. Pero qué sucede si está todo apagado. Ellos duermen. Si, duermen. Se pierden en un limbo desconcertantemente líquido y luminoso. Simplemente porque todo ha sido reemplazado por el impacto de rayos compuestos de energía y partículas sobre superficies sólidas opacas y cóncavas.

Es el fin del hombre y la adolescencia de la técnica que se impone sin tapujos en el rostro oficial de toda una cultura que no excluye naciones, básicamente porque no son naciones propiamente tales, sino aldeas o sucursales bancarias que se esmeran en repetir una fórmula única de éxito porque el éxito es lo único que importa, y mucho mejor si es a costa de la destrucción de los otros que también podrían ser exitosos. Como si el triunfo fuera agua y todo esto un desierto sin desviaciones. Existe en el hombre un instinto de supervivencia individual que restringe toda posibilidad de solidaridad internacional sincera y efectiva. Y todo lo que puedo hacer es rebotar contra lo metálico del mundo, esperando ser lo suficientemente sabroso, o al menos nutritivo como para que alguien abra la lata.

Preparo un café mediano y salgo al patio. Me encanta lo verde que es la tercera mitad del invierno y el calor húmedo que parece convertirme en niebla. Pero no es como el principio del verano, cuando el calor seco diluye los límites de la corporalidad humana y entonces el calor no se percibe porque no hay un cuerpo que lo perciba. Si lo deseo habrá frío o estar lloviendo, o simplemente imaginaré que el calor me sofoca.

Mientras bebo el café, creo reconocer mejor que hace un rato la necesidad de ternura en mi vida. Años de una mirada práctica de la realidad han comenzado a pasarme la cuenta. Debe ser porque antes de la mirada práctica, esto se regía por los aspectos emocionales de la interpretación de la realidad tangible y cognitiva. Hacía ya unos cuatro años que las ideas se habían tornado una seguidilla de análisis de causalidad que casi no dejaba lugar a otras contemplaciones. En ese entonces eran pocas las expresiones de visceralidad que podían identificarse en mi conducta diaria. La gente decía que era un tipo transparente, alguien que difícilmente podría ocultar los aspectos emocionales de su existencia. Probablemente estaban en lo cierto, y lo que sucedía era que me encontraba emocionalmente inmunizado. No totalmente, pero si en lo referido a mis relaciones sociales. Pero el café está delicioso, es un café mediano y con chocolate. Pienso que no soy un sujeto intransigente y que existe la potencialidad de cambiar aquello que me molesta o incomoda. Aunque no me haya encontrado frente a frente con algo que me incomode de sobremanera. El café calienta mis entrañas y todo se expande. Un pedazo de pan lo mejora todo. Puede ser que el hambre de la mañana me haya engañado, o que no esté suficientemente concentrado o demasiado concentrado en lo que sea. Me siento querido y amado. Aquí estoy, listo para darme y recibirme.

No siempre puedes ganar. Eso se le dice a los que no están destinados a la gloria. Pero la gloria no es absoluta y basta con ganar una vez para alcanzarla. Después puedes morir esperando que alguien te recuerde como un héroe o como quien frustró una vez más sus anhelos más profundos. Ese es el deporte, actividades competitivas en las que el triunfo significa la derrota o destrucción del adversario que se convierte con franca futilidad en el

enemigo, ese que asecha para destruir nuestras ilusiones más sinceras. Y no sólo porque ese adversario, rival o enemigo desee la gloria para sí, pues en algunos casos la rivalidad llega a extremos en los que el fin no es la gloria, sino la aniquilación del otro ya sea por una suerte de odiosidad, prejuicio o rencor.

Pero en los deportes hay reglas que deben respetarse, por ejemplo salvaguardar la vida de los oponentes, no así su integridad física, mental y emocional. Ese es el deporte de la guerra, seguir ciertas normas de inhumanidad para justificar matanzas y carnicerías. Un juego de hombres mujeres y niños en el que todos participan, porque todos quieren participar de una u otra forma, porque si no tienes un arma tienes una idea o una opinión. Entonces les pregunto a quién preferirían matar si su vida dependiese de ello. Hasta el momento nadie me mataría, o lo que sería más preciso, nadie ha admitido sus deseos explícitos de terminar con mi existencia, por iniciativa propia o motivado por factores externos. Podrías caminar entre tantos potenciales asesinos sin estar tentado a mirarles a los ojos. Intento evitarlo para no levantar sospecha, pues podrían también ellos estar buscando a los posibles exterminadores. Incluso podrían estar física y mentalmente preparados para jalar del gatillo o bañarse en mis entrañas como un niño en el lodo, feliz de estar haciendo algo que disfruta, ya que al final todo esto es un juego, un encuentro deportivo sin tregua en el que los ganadores no pueden ser definidos con claridad debido a lo nebuloso de las normativas oficiales que en muchos casos difieren diametralmente con los intereses particulares de los jugadores. En ocasiones un gran empresario podrá sentirse un triunfador por: encontrarse con vida, manejar grandes sumas de dinero con las que sostiene un estándar de vida basado en el materialismo y el amor por los electrodomésticos de punta, tener una familia profundamente religiosa que se reúne y comparte tiempo de calidad todos los fines de semana en fastuosos templos erigidos a la gloria de sí mismos pues son un testimonio de lo que ellos han podido lograr en vida y no lo que ha hecho dios durante toda la historia pre y post humanidad. A la vez podría sentirse derrotado al darse cuenta de que la mayor parte de su vida transcurre entre actividades que no se asocian a su supervivencia vista desde una mirada positiva (pensar que vivir no sólo es, sino que está bien), o al darse cuenta de que su esposa asiste a misa de jueves como un pretexto para encontrarse con sus diversos amantes, todos al mismo tiempo en el departamento desocupado que ha estado intentando entregar en arriendo durante meses sin éxito o motivos claros para calificar este fracaso bursátil, inédito en su carrera.

También están los humildes, que en el campo de juego son mayoría. Tantos corriendo en una y otra dirección a disposición de secretos altos mandos. Siempre son secretos para esa mayoría. Es sabido que existen distintas esferas de poder en un escalafón que pareciera infinito e insondable, pero que realmente no lo es. Alguien manda. Sólo una persona en la cima del mundo. Puede que sea el hombre más rico o el indigente que duerme al sol en una esquina mientras los clientes del café le miran por las diversas ventanas que dan a la calle y que ofrecen todas esas hermosas perspectivas de lo que ellos jamás desearán ser en la práctica. Hay que dejar claro que con práctica no me quiero referir a otra cosa que a la expresión física de la condición humana. La cual en muchos casos no refleja la condición cognitiva o emocional determinadas por un bagaje plenamente modificable. Un día sonó el pitazo o la salva. Todo comenzó antes de que se dejaran claras las reglas del juego. Hoy seguimos todos contra todos sumidos en una vorágine de nunca acabar. Todos piensan que anotan o sufren anotaciones, otros sugieren haber llegado a la meta, encontrarse bajo cubierto mientras observan el desarrollo de la partida. ¡Qué equivocados están!. Ellos son los primeros en la línea de tiro. Los más vulnerables. No han podido

percatarse que el juego sigue hasta que todos hayan desaparecido del campo. Todos contra todos y todos contra mí, todos aniquilados en la fiesta eterna de la subsistencia de la especie que no es más que la extinción controlada y autoproclamada. Digo controlada porque es y será, si es que no ha sido aún, un efecto de las mismas decisiones de esos seres que sugieren haber abandonado sus instintos en pro de la razón y la vida en comunidad. Pero qué comunidad es esta que espera sobrevivir en medio del caos y la destrucción de cuanto miembro de la misma se le pone por delante. Esa es nuestra sociedad, la vida comunitaria y la raza. Ese es el instinto de supervivencia. No la de la especie como se ha proclamado siempre, sino la de los individuos que no son capaces de proyectarse en el tiempo más allá de si mismos, como si al morir sus cuerpos inertes fuesen más valiosos que las plantas y los animales que aún siguen con vida y que de una u otra manera convergen en una relación directa con las probabilidades de supervivencia de todas las especies, que si han de desaparecer no será por decisión propia.

Hoy salí a la calle temprano. Existen aún esos compromisos académicos que me he impuesto. Mi familia piensa que es como un seguro de vida, de cierto grado de bienestar socioeconómico. Por el momento me parece más cercano a una excusa válida para fomentar en mis padres ese deseo, al parecer, incondicional de seguir solventando mi subsistencia material. En la calle Condell todos se movilizan a una velocidad que se debate entre el paseo y la carrera. No me apresuro. No tengo deseos de competir. Ellos parecen no entenderlo. No me prestan atención, si lo hicieran no me pasarían a llevar con tanta frecuencia. Después del choque siguen su camino como si lo ocurrido se hubiese borrado instantáneamente de sus memorias. Deben estar despejados para enfrentar el siguiente encuentro, toda su concentración física y mental debe invertirse en esa próxima jugada, porque luego vendrá otra, otra y otra. Y eso seguirá invariablemente hasta llegar a sus destinos. Nadia ha dicho que sea un deporte claro y coherente. Muy por el contrario, se trata de hacer lo que se nos plazca sin esperar que esté bien o mal. Nadie conoce las verdaderas reglas del juego. A nadie le importa saberlas, y eso significa que no existen, por supuesto desde la premisa de primero pienso, luego juego a que existo y que quizás todo esto también exista independiente de eso que soy o piensa que es.

La mayoría de las relaciones que fueron amistades ya no forman parte de mi círculo social inmediato. A casi todos les he decepcionado. En la mayoría de los casos lo he disfrutado. Van quedando pocos, incluso a ellos les he perjudicado. Me parece que los que se mantienen estoicos, más en el cariño que en la confianza, son los verdaderos amigos y amigas. También les quiero, los adoro. Ojalá y siempre estén allí. Ojalá no vuelva a decepcionarlos.

Solía tener más amistades, de esas fáciles de impresionar en los primeros encuentros. Sin quererlo, me había convertido en lo voluptuoso sobre el capitel. Por qué querría estar en esa posición. Mi utilitarismo se limita a los desconocidos o conocidos de bajo perfil. Los que pudieran entrar en mi vida de forma definitiva no eran para eso, no eran para algo fríamente determinado. Sólo disfrutaba de su compañía y me alegraba saber que disfrutaban de la mía. Y sin más llegaba la decepción a sus vidas, el desencanto que engendra la expectativa depositada en mi persona. Llegó un punto en el que me divertía cada uno de los desengaños y despechos, en especial el que quedaba sangrando los cuerpos de esas mujeres que dijeron amarme. Es tan fácil quedar bien y aún más fácil quedar mal,

caer en desgracia y verse solo en medio de la calle dando tumbos contra las paredes de los callejones y puertas metálicas de color madera. Caigo al suelo de bruces, sé que tras mis pasos hay risas de gente borracha que no me desea mal. Son ellas las que siempre quise en mi vida. Mujeres sensibles con cantidades maratónicas de neuronas activas, cuerpos asimétricos y sonrisas sinceras. Todas tridimensionales, no como esas nenas de calendario o cartón forrado, tan profundas como el hielo sobre los charcos en mitad del invierno. Estoy harto de recordar las decepciones y frustraciones que he tenido que pasar, estoy harto de la mayoría de los rostros con los que me cruzo en mis compromisos cotidianos. Extraño las sonrisas sin ambigüedades. Por suerte han comenzado a regresar, lenta pero desinteresadamente.

Que puede esperarse de un mitómano a niveles patológicos que busca figurar a cualquier precio en medio de esas crisis de ansiedad que no logran más que empeorarlo todo. Se mezcla lo real con lo imaginario, con los deseos y los miedos. Pasa el tiempo y puede que se llegue a recordar una mazamorra de ideas. Imágenes y sonidos que se superponen con voluntad propia. Lo mejor es saber de antemano qué es lo que esperan de markos en su rol de ingenuidad absoluta. Conocer el momento exacto en que el monumento de expectativas puede desplomarse con una brisa exterminando todo a su paso, dejando una estela de frustración y desconcierto. Un conocido menos, una amiga menos, un amor que se olvida porque me olvida y se entristece al no reconocerme. Como si aún fuese reconocible, después de todas estas cicatrices, después de toda esta calle, que con el tiempo se acerca más y más a un engendro ofiuro lleno de desviaciones en las que voy decidiendo tras tropezar con un basurero o meter la pata hasta la rodilla en un hoyo. Saco la pata y me reincorporo. No miro a mis espaldas, no es necesario. Las risas vienen de los seis puntos cardinales. Dejé de esmerarme en mejorar mi imagen tras caer por enésima vez en el mismo hoyo y reconocer una a una las risas. Sólo entonces pude reír, mi tez ya no se enrojecía. Reía de todo y de todos. En especial de los frustrados y los que aún me queda por desengañar, que no son todos pero son bastantes, proporcionalmente bastantes.

Reacciona mandril. Estás martirizando al mundo con tu parafernalia. Mira hacia abajo, mira hacia arriba. Las desviaciones verticales son las más peligrosas que podrás encontrar en la calle. Por qué temer a las cebras en la esquina o a las alturas enrejadas en las que no se permite la permanencia debido a la funcionalidad que presenta como espacio exclusivo de tránsito, publicidad floreada y cartas con revés de dollar. ¡¡¡CUIDADO, UN PIANO!!!. Los periódicos locales no dejan pasar la oportunidad de difundir la precaria situación de los mandriles urbanos en materia de seguridad social. Nada de clínicas especializadas, seguros médicos u ortopedias rojas y gelatinosas para reemplazar las nalgas infinitamente desgastadas por el concreto frío y el concreto caliente, y el concreto fresco que pesa como un arsenal básico en medio del viet cong húmedo y saturado de lampreas y enfermedades venéreas y veraneas. Todos son mandriles muy humanos, como en los documentales del pequeño e indefenso *jklfdf* o el macho alfa y la hembra malta. Tienen la violencia a flor de piel, son peludos y les da igual quitarte un ojo o una mano. Sus colmillos ya no brillan al sol como el marfil mejor pulido, están llenos de nicotina y café, traen las narices rojas y nadie los puede parar cuando marchan en fila hacia el trabajo o se abalanzan sobre el primer asiento desocupado a bordo de las naves comunitarias. Están allí para ayudarse a sí mismos. No tiene importancia si te cae un piano en la cabeza o se te gasta el culo de tanto arrastrarte por el concreto. Hay algo en ellos que te hace tenerlos en consideración. Hasta que trepan en la micro de terno, corbata y zapatillas, dan un zarpazo y

se arrojan de cabeza contra los pianos de ripio con las manos llenas de lo más valioso del último en trepar por la escalera y establecer contacto visual directo con el conductor. De nada sirve seguirles, allá, fuera de la nave, todo es una selva indescifrable que ellos libran más por instinto que por conocimiento práctico de la situación circundante. Ahí vienen en estampida, bandada, cardumen y jauría. Bajan desde los cerros y se mezclan con la gente respetable. Es genial que nunca sepas con seguridad que tan cerca se encuentran. Fácilmente te pueden volver presa. Pero no es que te vuelvan, lo que sucede es que siempre has sido presa sin darte cuenta. Se nace para ser banquete, aunque te comas a cuanto infeliz se te atraviese al paso, puedes estar seguro de que la vida no tiene otro sentido o finalidad que servir a la mantención de otra vida. Así es todo y para todos. Para ti también nena etérea que estudias teatro dos veces a la semana, o para ti mandril insaciable, incluso tú, capellán, sacerdote y monaguillo, fieles, laicos y uniformados de la fe. Incluso tú, hermana y tú hermano. La misericordia del pan únicamente les asegura mantener un stock estable de predadores y carroñeros bajo sus narices. Chicas y chicos progresivo-alternativos, miren a las alturas y encomiéndense con plena confianza a los pianos que llueven en estos días, ellos son concretos, tangibles y vienen hacia ti. Entiende que está pasada de moda la fe en lo trascendente, todo aquello en lo que se requiere de esfuerzo y dedicación para pasar a planos superiores. Ahora están a nuestra disposición las no menos anacrónicas transnacionales para ponernos al tanto de todas las necesidades que necesitamos necesitar, así como los satisfactores más atingentes en caso de que se desee evitar los trastornos de ansiedad, que no suelen pasar de la sudoración excesiva, baja de presión y mareos ocasionales. Eso sin mencionar los delirios de persecución, las paranoias y el gusto por el dolor ajeno.

Hay alguien listo para atraparte en medio de lo cotidiano, mientras te bebes tu café mediano o entras al banco a solucionar los problemas de funcionamiento de tu tarjeta joven. Siempre habrá alguien dispuesto a recordarte cuan presa fácil eres.

XI

El abuelo de markos había fallecido cuando sólo faltaba un mes para su octavo cumpleaños. Nunca llegó a creer las explicaciones de sus padres y su abuela respecto de la ausencia durante las visitas de los fines de semana a la casa de Peña Blanca. Siempre había un trámite o un trabajo que debía realizarse con suma urgencia, tanta que las visitas podían dejarse de lado. Pero markos no sabía de ningún trámite o trabajo que pudiese transformar los domingos en algo más que una tarde de cerros verdes y bosques de boldo. Tres semanas después confesaron lo sucedido.

Habían pasado seis meses y Belloto norte aburría. La familia tenía una nueva costumbre. Los domingos verdes ahora estaban destinados a visitar la tumba del abuelo, que en rigor no era una tumba como las que suele imaginar un niño. Su última morada era como los panales que descubrían en las quebradas o sobre los árboles. En cada celda del panal había un abuelo, y eran innumerables los panales que alcanzaba a ver desde la cima del cementerio. Había decidido no volver a ese lugar.

Volvió.

Según la mayoría, su abuelo estaba en el cielo. Entonces cómo explicarse el motivo de las visitas, esa colina llena de baldosas y cruces no podía ser el cielo, mucho menos el interior del nicho. Su familia cuidaba con devoción ese pedazo de eternidad envasado en concreto que habían arrendado para darle una década de descanso cristiano. Su familia era una partida de morbosos y markos no conocía la palabra morbo.

Durante la semana podía disfrutar de la tranquilidad de una casa a su completa disposición. Todos trabajando o estudiando. Lo mejor que podía hacer era salir de allí y disfrutar de la calle. Por algún motivo escogió la ruta que lo llevaba al campo santo. Salió de la población y subió por la KPD hasta el depósito de vehículos estrellados. Siempre parecía haber algo entretenido, pocas veces era así. A un lado los cerros, al otro, dinosaurios oxidados. Allí se elaboraba y embotellaba el ron Caribian. Una estructura metálica de unos cinco metros de altura, de la que salían tres chimeneas con escaleras que ya casi habían dejado de serlo. Cualquier material ligero que pudiese haber sido parte del edificio era ahora una mera especulación. El fuego se había encargado de barrer con todo. Saltó la reja de alambre y descendió unos metros antes de encontrarse frente a la entrada. Había un sendero en medio del pasto que cubría las huellas de los vehículos, pero no pensaba en ello, tampoco en abuelo o cualquier miembro de su familia. Nunca había visitado una fábrica, y esta era el perfecto ejemplar promedio. Al adentrarse por los pasillos no pudo dejar de subir y bajar de toda máquina que se atravesó en su camino. Eran gigantescas y serpenteantes, estaban en todas partes y eran todo lo que había quedado. Al parecer estaban todas conectadas de alguna forma, en algún punto. Imaginaba que si una se detenía, el resto no podría seguir funcionando. Como si le quitasen el corazón y le exigieran que se fuese al colegio a toda prisa pues nuevamente se habría quedado dormido. Todo era tan exacto que no dudó en obviar a los trabajadores. Nadie tiene pequeños seres uniformados haciendo funcionar el cuerpo de markos, su cuerpo funciona por sí mismo. Así funcionaba la fábrica y era maravilloso que fuese de esa manera. Subió de nuevo a las máquinas y corrió por las bandas metálicas, colgó de las cadenas mientras todo giraba. Se llenaba de quejidos que iban y venían, quejidos de fábrica. Cerró los ojos y giró con más fuerza sosteniendo la cadena. Estaba dentro, entre los intestinos y huesos del dinosaurio. Había superado la extinción y el deterioro. Todo en acción de una forma novedosa, esa forma que sólo estaba en su mente. Allí las botellas no importaban, pues si eran lo que salía

físicamente del edificio, la analogía más cercana era ir al baño. Lo cierto es que hasta ese entonces nunca le había preocupado lo que dejaba en el nadando en la tromba perclórica.

Todos los ruidos vitales en una fuga viajaban suspendidos por una sustancia pastosa que lo volvía todo ridículamente lento y dificultoso, las pisadas de eso que creí persecutores parecían tragarse algo más que mi rastro de vacío inconcluso. Los gritos no se mezclaban con el miedo que rogaban apresurar la marcha. Qué importaba una herida más una herida menos. Los pasillos de ladrillo parecían contorsionarse al compás del tronar de relojes subterráneos. Parte de la mandíbula bajaba y subía mientras jadeaba, la otra se debatía entre el abandono y la hemorragia. Me vi impedido de ordenar las ideas. Parecía flotar. A ratos volvía la coherencia y la atención en las paredes y el piso. La constante era el ruido del predador, la alarma, el techo que no era techo sino cielo, y el cielo que no era tal. Una bóveda oscura, profunda y absolutamente mía, como el hambre o la sed.

Cuando creía alejarme, aunque fuera por unos segundos, la tensión disminuía en parte. Lo suficiente para racionalizar el curso de esta famélica carrera, pero al llegar a la siguiente esquina, curva o bifurcación, aparecían ellos con sus gritos fuera de control, su rabia, su odio, los cuales no alcanzaba a comprender. Garras y fauces que ya parecían un apéndice propio. Un tumor, del cual no podría desprenderme pues siempre habíamos estado unidos.

Mientras aumentaba la velocidad, podía sentir el aire en movimiento golpeando sobre todo lo que era en ese entonces. Su hedor rozándome el hombro, amenazando con reducirlo a gajos de sólo pensar en que todo terminaría de la mejor manera. Que más daba que el suelo pareciera tragarme, que el aire pasara de lo más delgado a lo más denso sin tocar equilibrio en momento alguno. -¡Primero muerto!- rugió la jauría en la única ocasión en que pudo entenderles. Qué más daba si caía muerto. Qué más daba si a cada metro, a cada minuto me sentía más vivo.

El cansancio amenazaba con tanta insistencia como la gelatina en la boca y los ojos. Pero quedaba una alternativa. De que habría servido todo ese entrenamiento durante años. Sin mayores dificultades cada uno de mis miembros se separo del conjunto. Tal como lo había planeado pudieron tomar distintas rutas concertadas de antemano en una serie de cruces continuos que en algún momento volverían a encontrarse. Los primeros y más veloces, el miedo y el odio, corrieron juntos para desaparecer en una curva próxima a la separación. El amor y otras emociones, por lentos o débiles, continuaron juntos esperando hallar la fortaleza que no encontrarían por separado. Fue tras ver caer a la envidia y la misericordia que decidieron atenerse al plan original.

Apagando las antorchas que encontraba en el camino, producto de la estela de aire frío que dejaba a su paso, desesperanza pretendía darles por perdidos. Había tenido tiempo suficiente para registrar y aprender cada túnel y pasadizo, pero siempre estaban allí, nunca a la misma distancia pero aún así innegables, tatuados en su memoria, sus sentidos, su imaginación, con la misma fuerza que el epitafio en la cruz de piedra que coronaba el cementerio con el que solía soñar buscando la tumba de mi abuelo. Una colina fría, húmeda y siempre nocturna. Ahora aquel paisaje parecía más cercano que nunca.

Mi propio rostro solía aparecer en los momentos menos indicados, siempre mientras cerraba los ojos. Ahora lo que importaba era correr aunque el mundo estuviera a punto lanzarme a tierra pedazo a pedazo. El eco de las ramas junto a la fosa común había vencido el de las bestias, no en potencia sino en sentido. De pronto allí estaba al contra ataque el color de los muros y los apéndices asesinos vaticinando mi caída. Una curva, una

encrucijada, otra, una más, y así sin fin, sin sentido, hasta que algunos de los camaradas dejados en el camino comenzaron a correr a mi lado, de ellos me enteré sobre los restantes. Nadie había volteado para saber de su destino, ninguno había estirado una mano, ya serían alimento para esos carroñeros que estaban siempre un paso tras la persecución. Más tiempo para correr. No había remordimientos, ninguno más importante que los demás, el riesgo sí valía, el sacrificio sí valía. Si uno lograba llegar más allá de su alcance entonces todo valía.

Era de nuevo uno, distinto pero uno al fin y al cabo. Adelante la luz, el holocausto del ladrillo, el fruto del sufrimiento y desamparo. Quiénes eran para decir criminal, para decir aún no ha pagado, para decir demente. Qué podrían saber ellos desde sus altares, desde sus camas, desde sus apetitos absurdos. Aquel brillo parecía intimidarles. Iban cediendo cada vez más terreno y un aroma extrañamente conocido comenzaba a llenar lo que me envolvía.

Por fin fuera, la luz ya no era producto de la imaginación, efectivamente ante esos ojos, que eran mis ojos, una pared de piedra sostenía tres antorchas de madera en estructuras metálicas roídas por el tiempo y las goteras. Cansadas ya de su oficio. Un cuerpo lánguido y desnudo. Sucio, desnutrido y de largas greñas. Los grilletes firmemente atados a las extremidades abriéndome cuello e impidiendo cualquier movimiento, limitando la vista a un punto fijo justo al frente. Un pequeño espejo en el que alcanzaba a distinguir mi rostro y parte del pecho lleno de cicatrices. Sobre el cristal una lápida de piedra tallada. Una cruz con puntas de trébol.

Se detuvo al estar seguro de que vomitar era inminente. La extinción estaba de vuelta. No quedaban sollozos pero todo seguía girando. Continuó así por un minuto entre tropiezos y abrazos al óxido que lo estaba devorando vuelta a vuelta. Quería tragar algo de saliva pero su garganta estaba temporalmente clausurada. Terminó sentado en el suelo con las manos sobre la cara, intentando introducir los índices a través de la sien. El azar no existía, todo estaba como estaba por una razón, no una razón absoluta y con probabilidades de proyección rumbo al futuro. La razón del futuro era el ahora, así como la del ahora estaba en el ayer. La exactitud de las máquinas, sus intestinos en funcionamiento, los viajes al baño y la cara entre sus manos. Siendo todo consecuencia de algo, y algo de todo, bajó las manos para que como consecuencia sus ojos quedasen descubiertos y así pudiese ver lo que sucedía en este nuevo mundo de formas inmediatas. Sus entrañas no se habían movido de su lugar y todavía funcionaba. El fuego no lo había tocado. De pie y convencido de lo voluble de su existencia se reincorporó a la luminosidad de la calle y los colores vivos del cerro. Nada de eso le pareció novedoso, sin embargo, nunca lo había experimentado de forma tan concreta. Estaba seguro de que se dirigía a un estado en el que todo sería posible.

Por el momento bastaba con llegar hasta el cementerio. Detenerse frente a la colmena y comprobar que ningún abuelo hubiese salido aún de su paraíso cristiano. Miró el cielo que estaba allí como de costumbre. Pensó que ese debería ser el de su abuelo y no aquel cubo grisáceo y extendido en el que la familia había forzado el refugio a las huellas de su tristeza. Les parecía lo más natural pararse frente a una baldosa grabada, donde suponía estaba algo que en unos años no podría recordar. Nadie le garantizaba que esos no fuesen los huesos de un animal más pequeño que un dinosaurio, un protomamífero que un día funcionó con la exactitud de una fábrica de ron.